



IMP. VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55 y Lucio, 8.

PRECIO

50 CÉNTIMOS

Algunas indicaciones

del Ritu Mozárabe.

Quando llega el Sacerdote al Altar, empieza diciendo la siguiente Antífona:

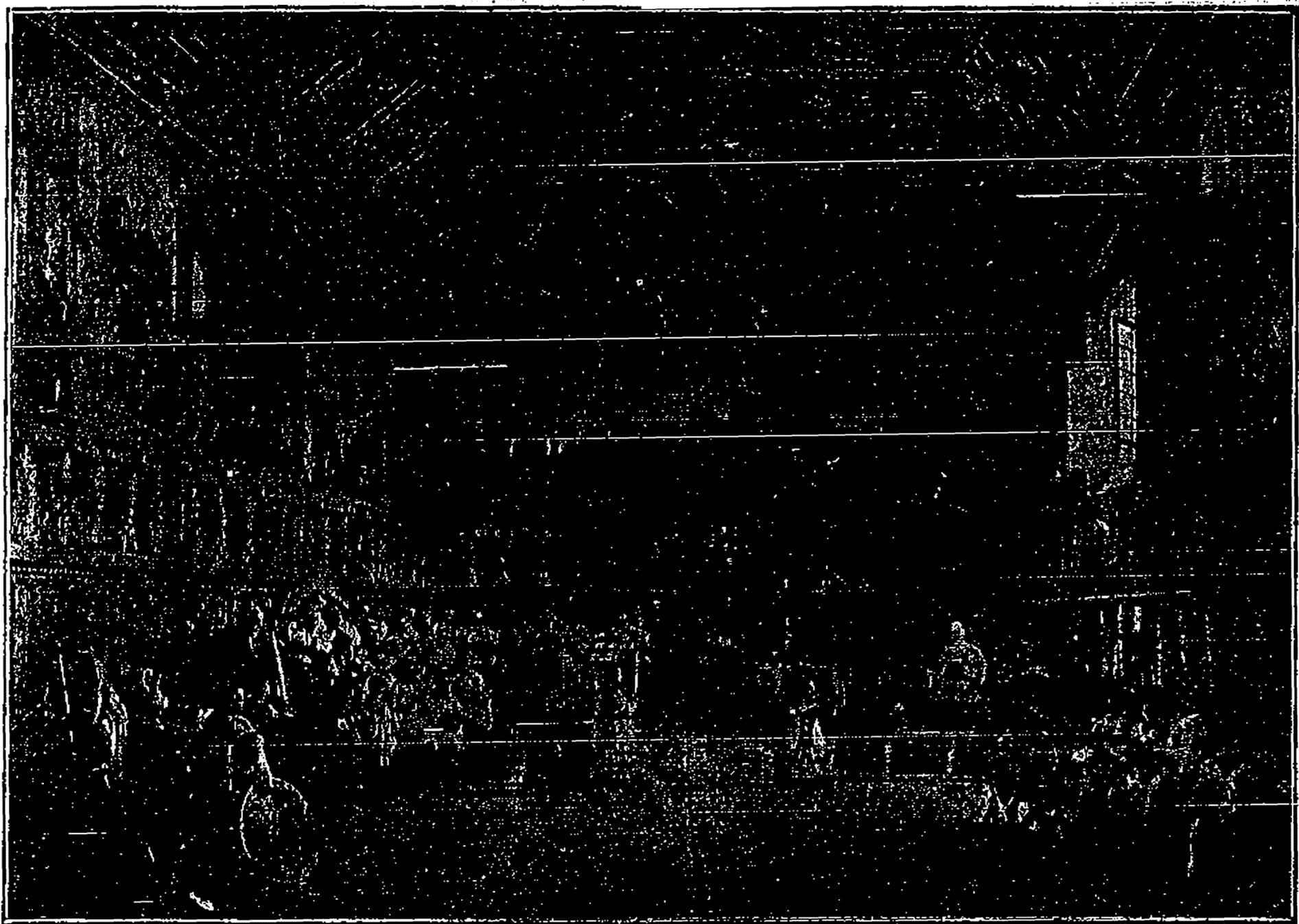
Por la gloria de tu nombre Cristo Hijo de Dios vivo, y por la intercesión de la Santísima Virgen María, y de todos tus Santos, auxilia y ten misericordia de tus indignos siervos, y sé en medio de nosotros, Dios nuestro, que vives y reinas por los siglos de los siglos.—Gracias sean dadas á Dios.

tacto del cuerpo de Cristo y adornada con sus miembros como preciosas margaritas: salva á la presente multitud continuamente para tus alabanzas.—Os adoramos, Cristo, y os bendecimos.—Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Oremos.

Escúchanos, Dios de Nuestra salvación, y por el triunfo de la Santa Cruz, defiéndenos de todos los peligros. Por Cristo Señor nuestro.—Así sea.

El Preste descubre el Cáliz con las dos manos, y dando el velo al ministro para que lo doble, coloca con la derecha el Cáliz



El Emmo. Sr. Cardenal Aguirre en la Sala Capitular de la S. I. P. antes de la ceremonia del Lavatorio de los Pobres.

El Sacerdote da principio con la señal de la cruz, diciendo alternativamente con los ministros el Salmo siguiente con su Antífona al principio y al fin.

Ave María. En el nombre † de Nuestro Señor Jesucristo. Así sea. La gracia del Espíritu Santo esté en nosotros. Entraré al altar de Dios, etc.

Terminada la oración el Sacerdote sube al altar y hace una Cruz con el índice de la mano derecha sobre el Ara, diciendo:

En el nombre del Padre †, y del Hijo y del Espíritu Santo.—Así sea.

Ahora besa el Ara donde hizo la Cruz, y con las manos puestas sobre el altar, dice lo que sigue:

¡Salve, Cruz preciosa! que estás consagrada por el con-

fuera del Ara al lado de la Epístola, y extiende los Corporales diciendo la siguiente oración:

Te suplicamos, Señor, que estos nuestros dones sean gratos en tu presencia, para que nosotros podamos agradarte: alzándose, oh príncipes, vuestras puertas, y levantáos vosotras, oh puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso en la batalla, el Señor de los poderosos, Él es el Rey de la gloria.

Coloca la Patena con la Hostia sobre los Corporales y purifica el Cáliz, diciendo:

Dígnate, Señor, purificar este vaso, en el que pueda consagrar tu precioso y Santo cuerpo. Que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos sin fin.—Así sea.

Cuando pone el vino en el Cáliz, dice:

Te suplicamos, Señor, mézales en este Cáliz lo que brotó de tu costado; para que se haga en remisión de nuestros pecados.—Así sea.

Para la bendición del agua, dice el Ministro:

Dígnate, Señor, bendecir esta agua.

El Sacerdote contesta, bendiciéndola:

Sea bendecida por aquél, cuyo espíritu era llevado sobre

Ahora levantando las manos hasta los hombros, dice el Preste:

Gloria á Dios de las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos. Te damos gracias por tu grande gloria, Señor Dios, Rey de los cielos, Dios Padre Todopoderoso, Señor Jesucristo, Hijo unigénito, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Que borras los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros. Que borras los pecados del mundo, oye nuestros ruegos. Que estás sentado á la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros. Porque tú sólo eres Santo, tú sólo Señor, tú sólo Altísimo, oh Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.—Así sea.

Después de varias oraciones y la lectura de la profecía, canta el Psalmo y el Diácono dice: Guárdese silencio.

Se lee la Epístola, y después del Evangelio se canta la Lauda mientras el celebrante ofrece la Hostia y el Cáliz.

Después de incensar el Altar y la curiosa bendición del pan, es el lavabo, y á continuación de la oración, en medio del Altar, empieza la Misa á los fieles, y después de algunas oraciones

Responde el Coro ó los Ministros:

Ofrecen por sí y por la fraternidad universal.

Continúa el Preste diciendo:

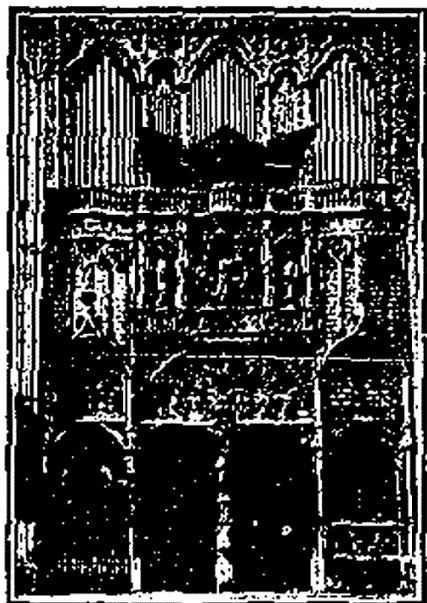
Haciendo conmemoración de los Bienaventurados Apóstoles y de los Mártires, de la gloriosa siempre Virgen María, de Zacarías, de Juan (el Bautista), de los Infantes (ó Inocentes), de Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago, Simón y Judas, Matías, Marcos Lucas.

Responde el Coro:

Y de todos los Mártires.

El celebrante continúa diciendo:

Del mismo modo por todas las almas que duermen. De



Catedral. Uno de los órganos.



San Juan de los Reyes (Claustro).

las aguas. En el nombre del Padre †, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Así sea.

Oración.

Del costado de nuestro Señor Jesucristo aseguran que salió sangre y agua; por eso nosotros mezclamos de la misma manera estas dos cosas (ahora se echa el agua); para que el Dios misericordioso se digne santificar uno y otro para consuelo de nuestras almas. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Ahora vuelve el Sacerdote al medio del altar con las manos juntas ante el pecho, pone el Cáliz sobre el Ara, la Patena con la Hostia sobre el Cáliz y cubierto con la hijuela, bendice la Oblata diciendo:

La bendición de Dios Padre Todopoderoso, y del Hijo, y del Espíritu Santo descienda sobre esta Hostia que se ha de ofrecer á tí Dios Padre.—Así sea.

Signándose el Preste, dice:

Nuestro socorro está en el nombre del Señor.—Que hizo el cielo y la tierra.

INCIPIT MISSA OMNIUM OFFERENTIUM

El Preste va ahora al Misal que está al lado de la Epístola y con las manos juntas ante el pecho, dice el Oficio para la Misa.

In festo Sanctissimi Corporis Domini nostri Jesu Christi.

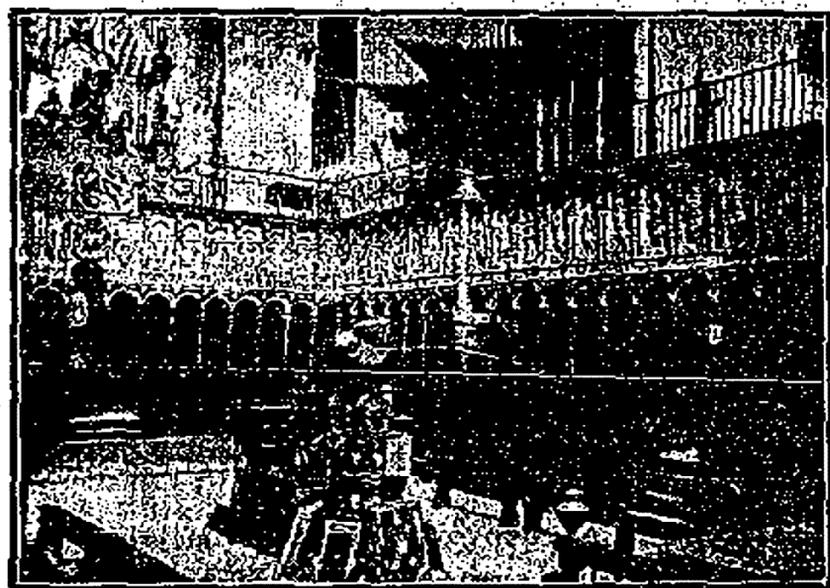
Oficio para la Misa.

Díbles á comer de la grosura del trigo.—Aleluya.

Y de la peña, los sació de miel: aleluya, aleluya.—Regocijáos en honor de Dios nuestro ayudador: cantad alegres al Dios de Jacob. P. Y de la peña....—Gloria y honor al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Así sea. P. Y de la peña, los sació....

El Celebrante va al medio del altar y puestas las manos sobre el mismo, dice:

Por todos los siglos de los siglos sin fin.—Así sea.



Catedral (Coro).

Hilario, Atanasio, Martín, Ambrosio, Agustín, Fulgencio, Leandro, Isidoro, David, Julián, otro Julián, Pedro, otro Pedro, Juan Siervo de Dios, Visitano, Vivente, Félix, Cipriano, Vicente, Geroncio, Zacarías, Cenápolo, Domingo, Justo, Saturnino, Salvado, otro Salvado, Bernardo, Raimundo, Juan, Cerebrano, Gonzalo, Martín, Rodrigo, Juan, Gutiérrez, Sancho, otro Sancho, Domingo, Julián, otro Julián, Felipe, Esteban, Juan, otro Juan, Félix.

Responde el Coro.

Y de todos los que duermen.

EL CASTELLANO

XXII Congreso Eucarístico Internacional.



Un pensamiento del Emno. y Rvdmo. Sr. Cardenal Aguirre, Delegado Pontificio en el XXII Congreso Eucarístico.

La próxima reunión la diputo de inmensa importancia, porque con ella haremos lo único estimable en la tierra: Religión y Patria. Con el Congreso Eucarístico conseguiremos que nos conozcan los de fuera, y quiera Dios consigamos unirnos, apretar las filas los que estamos dentro! Y sobre todo, daremos un día de satisfacción al atribulado Pontifice, que bien merece esta goña de consueño el soberano de las almas.

Palabras del Romano Pontífice.

Todos los años se celebran Congresos para promover el culto de la Santísima Eucaristía. N6s creemos que su frecuencia, lejos de aminorar su eficacia, contribuye m6s bien 6 dar m6s amplitud 6 esta instituci6n, porque est6 fuera de duda para N6s que el amor y el culto de la augusta Eucaristía no pueden progresar sino 6 condici6n de que se estudie primero m6s 6 fondo—como lo exige la dignidad del Sacramento—y que se vulgarice despu6s en las masas el muy reconfortante y muy activo amor de Dios para nosotros, que no brilla en ninguna parte con m6s esplendor que en el misterio del Banquete divino.



N6s creemos, por lo tanto, conveniente que los fieles, excitados por el deseo de meditar este misterio, se reunan frecuentemente y exhorten 6 sus hermanos con su palabra y con su ejemplo 6 alimentar una fe



Ilmo. Sr. Dr. D. Prudencio Melo,

Obispo Auxiliar de la Archidiócesis Toledana.

cuya clarísima inteligencia ha brillado de un modo singular en la acertada organizaci6n del Congreso Eucarístico.

profunda en la divinidad presente en las especies consagradas y en devolver 6 Dios del cielo amor por amor.

Si la Eucaristía debe ser considerada como el Sacramento de la fe y del amor, es, por tanto, necesario tambi6n que esos Congresos sean Asambleas de fe y amor. Pero de todas las virtudes cristianas, la fe y la caridad, son las que es preciso recomendar m6s 6 los hombres de nuestros días en estos tiempos desgraciados en que el espíritu, así como todas las aspiraciones del corazón humano, se inclinan hacia lo que es tangible y en que todos se dejan dominar por el único amor 6 sí mismos.

A la fe que se debilita y 6 la caridad que se enfria, es preciso, por lo tanto, oponer como remedio la Eucaristía; si, es en ella donde hay que buscar los m6s altos ejemplos de fe y de caridad, de ella es tambi6n de donde brota abundantemente la gracia renovadora de la sociedad.

Pero no hay que atenerse, para preconizar estas virtudes, sólo 6 la palabra; es preciso, necesariamente, unir tambi6n 6 la palabra la acci6n, y una acci6n vigorosa que pueda acomodarse al carácter de la 6poca.

El Santísimo Sacramento.

A la manera que el ciervo, atormentado por la sed, desea con ardor las corrientes de las aguas para refrigerarse, así mi alma sólo por Vos suspira, Dios mío (1).

Puede asegurarse que estos fervorosos anhelos tan vivamente expresados por el Real Profeta, son los anhelos del género huma-



Hmo. Sr. Dr. D. Ramón Guerra,
Deán de la Santa Iglesia Primitiva.

cuya bondad y actividad proverbiales le hacen merecer un alto puesto de honor en el Congreso.

no, el grito del alma universal espontáneamente escapado en todas las circunstancias de la vida, buscando á Dios, elemento esencial de su dicha y término de sus aspiraciones.

Podrá suceder, y por desgracia ha sucedido, que la Humanidad, envuelta en las neblinas del error y arrastrada por el impetuoso huracán de sus pasiones, no haya visto los caminos que llevan á la consecución de sus deseos, ni encontrado las corrientes de agua viva con que apagar su sed del infinito; podrá suceder y ha sucedido, que el sentimiento religioso viciado, haya confundido al verdadero Dios con la naturaleza, y adorado los soles del firmamento, los peces de los mares, las aves del cielo, las bestias de la tierra y los elementos del planeta; podrá suceder y ha sucedido, que el hombre, en la exaltación de su fe, haya pretendido honrar la divinidad, unas veces, con un culto reprobado por la razón, hasta con sacrificios humanos, y otras veces, en los desvanecimientos del amor propio y fascinado por ideales abstractos, hasta ponerse en el lugar de la divinidad y hacerse centro de la vida.

Por lo mismo que esto puede suceder y ha sucedido, se ve con claridad meridiana que la religión es tan necesaria á la vida de nuestro espíritu como el oxígeno á la vida de nuestro cuerpo, y que combatirla por las manchas con que la ha afeado la humana conciencia extraviada; prescindir de este sentimiento innato en el hombre que le fuerza á honrar á Dios para acercarse á él; negar estas tendencias que le impulsan á salvar los vastos espacios que de Él le separan por no haberlas dirigido derechamente á su fin

propio, por equivocaciones verdaderamente funestísimas, vale tanto como negar que nuestro cuerpo, para vivir, necesita respirar el aire atmosférico, porque á veces, impuro y empozoñado, le causa la enfermedad y la muerte.

Pero Dios ama al hombre, rey de la creación destronado por la prevaricación primera; y como Dios ama al hombre y había caído, culpablemente, de su exaltación y magnificencia, envió á la tierra su Hijo unigénito para redimirle. Al enviarnos su Verbo, luz vivísima que ilumina á cuantos vienen al mundo, ha hecho que sus extravíos sean menos probables y sobre todo menos justificados. Al tomar el Verbo nuestra carne, al hacerse hombre y habitar entre nosotros, ha corregido nuestros yerros, nos ha enseñado todas las verdades que necesitamos saber, y las sendas del bien que debemos seguir para realizar en lo posible nuestros anhelos en orden á Dios, en la tierra, que saciará completamente después, con su visión intuitiva, allá en la bienaventuranza del cielo.

Hemos dicho que estos yerros son menos probables, porque al iluminarnos la eterna luz del Verbo, ya no pueden desconocer la religión verdadera más que los ciegos voluntarios, y los que, á pesar de la marcha incesante de los siglos, aún no han conseguido bañarse en sus brillantísimos resplandores; y menos justificados,



(1) Salm. 41, v. 1.

porque al traernos su eterna palabra, ya no hemos necesidad de aplicar, con atención tan fija, nuestras orejas á los débiles ecos de la naturaleza, mística escala por donde necesariamente habíamos de subir al conocimiento del verdadero Dios y de las cosas invisibles de la celeste gloria.

Tan grande ha sido la misericordia de Dios con nosotros por la Encarnación del Verbo. Mayor todavía: predica el universo con soberano magisterio la existencia de Dios y convida á bendecirle y adorarle; pero adrede los hombres se hicieron sordos á estas elocuentes predicaciones, ó se desvanecieron en sus propios pensamientos, y ni llegaron á conocerle, ni, conforme á razón, le tributaron las debidas alabanzas. Pues bien; el Redentor del mundo adestró el humano entendimiento en estas naturales investigaciones, y lo que es más, para que pudiera alcanzar su eterno y bienaventu-

de su omnipotente palabra, repetida con autoridad por su ministro, el pan y el vino de nuestro corporal alimento, en su propio cuerpo y sangre, para alimento celeste de nuestro espíritu. Esto es y para esto instituyó el Sacramento Eucarístico.

Aunque consagrásemos á su meditación y estudio días y noches, y los apóstoles nos comunicaran sus secretas revelaciones, y los ángeles sus celestiales luces, no llegaríamos al conocimiento de su valor indecible; y sin embargo, basta la noticia reveladora de su existencia, para llevarnos á la persuasión de que es una obra que ha tocado el dedo de Dios con su omnipotencia y sabiduría.

Es el hombre una síntesis maravillosa de cuerpo de barro y de celestial espíritu. Para conservar el cuerpo, necesita alimentarse de las sustancias con que le brinda la naturaleza; es preciso que tome de ella la fuerza indispensable para sostener este foco de la vida; si prescinde de esta alimentación y quiere vivir de sus propias energías, irremisiblemente muere. Porque solamente Dios puede vivir de su propia sustancia; porque solamente en Él se verifica que su esencia sea su ser y su vida. Pues bien, nuestro espíritu necesita también alimentarse de fuerzas extrañas para su robustez y sostenimiento; necesita la asimilación de algo proporcionado á su naturaleza para vivir según los planes de la providencia, y alcanza luego en el reino de la eternidad la eterna bienaventuranza; nuestro espíritu, en fin, necesita alimentarse de Dios, y esto es lo que consigue con el manjar eucarístico. Para que el hombre se alimente de Dios y se deifique, nada más conveniente, aunque para ello se requiere un poder infinito, nada más conducente y sapientísimo que envolverse Dios en los accidentes de pan para alimento de nuestro espíritu.

Y nuestro espíritu, que siente hambre y sed del infinito; que no sosiega si no descansa en Dios; que tiene vacíos incommensurables, mucho más grandes que los abismos de los mares, y que sólo puede llenar Dios con su presencia, busca este pan bajado del cielo para satisfacerse, ó débil y flaco enferma y muere si se resiste á sostener con sobrenatural fuerza este otro foco de su vida.

Inverosímil parece que haya seres tan desventurados que se nieguen á esta bendita deificación de nuestra alma y á ser hijos de Dios, enaltecidos con este santo nombre. Quizá rehusan esta transformación sobrenatural producida por el manjar divino de la Eucaristía, porque les fuerza á salir de entre el cieno de las cosas terrenales y de sus groseras satisfacciones. Que sólo á este precio se adquiere la vida verdadera y la tranquilidad de la conciencia; que sólo sacudiendo las alas de nuestra alma del polvo de la tierra, podemos volar por los vastos espacios por donde tendemos al bien infinito. Considerad, dice el Apóstol San Juan, cuál caridad nos ha dado el Padre; queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos. Y refiriéndose á la esperanza de verle intuitivamente, añade: «Todo el que tiene esta esperanza se santifica á sí mismo».

Pero se encuentran esos seres, aunque parezca inverosímil, si bien su escepticismo no destruye la ley universal de la necesidad de la religión para saciar la sed de nuestro espíritu; como no destruye la necesidad que sentimos de mitigar la sed de nuestro cuerpo, con las dulces y limpias aguas llovidas del cielo, el que sean muchas y muy amargas las aguas de los mares. Lo que sucede es que algunos han bebido el error con la leche de la infancia, mientras otros combaten la idea religiosa y en especial la acción eucarística sobrenatural y vivificante, para justificar su apostasía.

Siempre es de lamentar que haya hombres que viviendo, tal vez sin abrir los ojos á las bellezas del mundo, cerrados los oídos al concierto armonioso de la naturaleza, desconociendo las secretas afinidades y las ocultas leyes porque se rige el universo, sin parar mientes en el complicado tejido de sus múltiples relaciones, ni en la creación constante de tantos seres, cuyo desenvolvimiento se esconde á nuestra vista, cuya reproducción es un misterio y cuyo fin es y será eterno problema de la razón humana; cuando ésto desconocen, cuando ignoran lo más elemental de esta naturaleza que tienen delante de los ojos, sujeta á determinadas leyes, ob-



Comid y bebed; esta es mi sangre.
(Notable cuadro de Guido.)

rado destino, le dió una gracia sobrenatural de ilustración para conocer otras verdades superiores á la razón humana, moviendo con su omnipotente virtud la voluntad, sin menoscabo de su libre albedrío, para abrazarlas y practicarlas. No; ni puede ni ha podido nunca nuestra débil inteligencia, por sí misma, alcanzar la verdad y practicar el bien sobrenaturales, y por esta gracia que nos mereció Jesucristo, podemos ya movernos desembarazadamente en este orden, llamarnos hermanos suyos, hijos de Dios y herederos de su eterna gloria.

Siendo Jesucristo nuestro hermano por la adopción del Padre, en la expansión de su bondad infinita y en los deliquios de su amor inefable, deseó quedarse siempre con nosotros; quiso más, quiso hacer de nuestro corazón templo vivo y altar sacrosanto donde habitase la Trinidad beatísima; llegó, en fin, á convertir por virtud

diente á sus experiencias; cuando no se conocen á sí mismos, y á no ser por las luces de la revelación no sabrían de dónde vienen y cuál es su destino, alzan con allivez sus frentes, miran al Augusto Sacramento de la Eucaristía, la obra de amor más extraordinaria que puede concebirse, y con un desdén que sería soberanamente ridículo, si no fuera tan impío, exclaman: ¡imposible!

¿Quién tal dice? ¿Acaso la inteligencia creadora que ha concebido la grandiosa máquina del mundo, arrojándola al espacio y poblándola de vivientes? No; lo dice el hombre, que no sabe lo que es un grano de arena, que no puede producir y comunicar la vida al insectillo más rudimentario. ¿Lo dice el Ser de voluntad soberana que dió leyes á la creación entera, de fuerza omnipotente que impulsó una vez los mundos por el espacio que corren con celeridad pasmosa? No; lo dice el hombre, cuya voluntad es tan poderosa que no alcanza á dar la muerte al pequeño infusorio que se le mete en las entrañas y le arrebató la vida.

Tal es el valor de las facultades humanas en un orden que está fuera de su alcance y en cosas relativamente pequeñas. ¿Cuál será en esos grandes acontecimientos en que el aire se envenena y mata á miles de hombres, se extremece la tierra y sepulta en su seno ciudades enteras, brama el huracán enfurecido ó se desata en grandes proporciones alguno de los elementos? Y nada digamos cuando se trata de un hecho que se halla sobre toda naturaleza criada y exclama una fuerza divina. ¿Quién es el hombre para afirmar que Dios no puede hacerlo, porque la débil luceilla de la humana inteligencia no puede concebirlo?

Aunque tuviera la vasta comprensión y el asombroso poder de la naturaleza angélica, se escaparía á su mirada; pero bastaría saber que era obra de Dios, para inclinar humildemente la cabeza y aceptarlo; y parece que basta que Dios lo haya hecho y revelado, para negarlo y contradecirlo. Diríase que se renueva sin cesar la escena paradisiaca en que Dios prohibió al hombre comer la fruta de un árbol, porque perdería el privilegio de la inmortalidad, la santidad y justicia y el Tentador que le aseguraba que se abrirían sus ojos para conocer el bien y el mal y no moriría. Desobedeció á Dios, su criador, que le había dado el trono del mundo y la promesa de una beatitud eterna, y creyó la mentira y el absurdo que comiendo aquella fruta sería como Dios.

Jesucristo, nuestro Redentor adorable, deseando desbaratar la obra de Satanás, para que nuestro destierro y condenación no fuesen perpetuos; queriendo darnos la vida, sacándola de la misma cisterna envenenada, donde bebimos la muerte, toma el pan que nos sustenta, por su virtud sin límites lo transustancia y nos lo ofrece diciendo: «comed, este es mi cuerpo». Y resulta que hay algunos hombres que no alcanzando á explicarse esta conversión misteriosa del pan en cuerpo de Cristo, niegan á Dios este poder y repugnan comer el manjar bendito.

En cambio se cuentan por millones los que creen y creemos que Jesucristo es el Verbo hecho carne, que al pronunciar una palabra: *fiat*, hágase, aparecieron: el firmamento azulado, los astros, que como lámparas inextinguibles cuelgan de su bóveda; el sol, que con su luz como lluvia impalpable todo lo ilumina; la luna, que mitiga la negrura de la noche con sus rayos melancólicos, y la tierra, que se pasea majestuosa por el espacio, coronada de bosques, vestida con riquísimo manto perfumado con el aroma de las flores y llevando en su seno las piedras preciosas y los metales relucientes. Creemos que Jesucristo, Verbo de Dios, ha hecho todas las cosas, y creemos que nos ha traído el vaso de agua de la verdad que estaba el mundo sediento, y el pan de la vida, para que comiéndole, nos hagamos participantes de la misma divina naturaleza.

Sin perder la que nos es propia, como no la pierde el hierro arrojado por el fuego. Con tal alimento, el alma, limpia de pecado, se vivifica, ostenta la presea de los hijos de Dios con rico adorno de dones y virtudes, se enciende en la llama interna del amor divino que le abrasa, y suspira después por subir, como la llama, á la región de los espíritus puros á confundirse con la luz eterna.

Porque creemos que Jesucristo es el Verbo de Dios hecho carne, que ocultó su divinidad en el altar del Calvario, y también su humanidad en la Hostia consagrada, le adoramos como á Dios, y queremos que le adore la creación entera de que es señor y dueño. Para ésto le paseamos por las calles, aunque con la imperfección y miseria de los medios humanos; pero con el deseo de que la lumbre de nuestra fe prenda en otras inteligencias, y sobre todo, para que el horno candente de su amor divino derrita el indecible egoísmo, que como nieve ha cuajado sobre las chozas de los pobres, en los palacios de los afortunados y hasta en las altas y esbeltas torres de los santuarios.

Y con este mismo deseo de adorarle, propagar su culto y pedirle que caldee las almas entumecidas por el egoísmo, han venido, como mariposas en busca de la llama, creyentes de todas



Conocieron á Jesús al repartirles el pan. (Hofmann.)

las latitudes. Será página gloriosa en la historia de nuestra Patria este acontecimiento; y página gloriosísima en la de Toledo, ver reunidos bajo las amplias bóvedas de su Catedral famosísima, hombres meritisimos que, venciendo dificultades y surcando mares, han venido á la ciudad de los Concilios á rogar á Dios por el mundo envuelto en tinieblas, y creyéndolo honorífico y que le será agradable, en un Templo, remedo, si pudiera decirse, de la eterna y celeste Patria; y, por último, en la Santa Misa, pero celebrada según el Rito que nos enseñaron los discípulos del Apóstol Santiago, y en el que ofrecieron al Eterno Padre el incruento sacrificio de su Hijo unigénito, sabios y santos tan celebrados como los Isidoros, Julianes é Ildefonsos.

Te bendecimos, Señor, por esta gran misericordia.

El Viático del maestro.

Legenda toledana.

ERA el atardecer de uno de esos primeros días del mes de Abril, en que arenosos remolinos de un aire frío y húmedo denotan en la Imperial Ciudad la falsedad del calendario al anunciar la llegada de alegre primavera. Cubriase el cielo de cenicientos celajes, y la luz de la puesta solar, al pasar por ellos, hacían tomar á los peñascales que bordean el terroso Tajo, azulados tonos de intensa tristeza. Lúgubres más que nunca, parecían las angostas callejas, que rodeando el arabesco templo del tránsito, se encaraman al mudéjar Santo Tomé; y terminadas ya las faenas del día, sólo las pisaban con paso acelerado, algún menestral de vuelta del trabajo ó algún hidalgo de luenga toga y cetrino semblante al regresar á familiar morada.

Sólo ante la antigua Sinagoga se turbaba la tranquilidad precursora de la noche. La amplia puerta de la casa de en frente, al abrirse y cerrarse por manos impacientes, parecía esperar deseada visita.

Que no era ésta la cita amorosa, ni el cumplimiento de sociales deberes, hubiéralo adivinado sin menester perspicacia el que viera la tristeza de los que abrían el postigo, ó los mal enjugados ojos de la dueña de las negras tocas, que por el zaguán iba y venía, hablando quedo y dirigiendo entrecortadas preguntas.

En el fondo del patio de arabescos azulejos y baldosas rojas, tres juglares de arcaicos instrumentos, parecen esperar oportuno momento de lanzar al aire sus armoniosas notas. No eran éstas las alegres del sarao y de las danzas, que armonizarían mal con la rigidez del cuadro. Más bien parecían retener las serias y acompasadas que el maestro Vitoria dedicara á la Iglesia española. «No amenizarán más las comidas y colaciones de Su Merced» Pensó la vieja de las negras tocas. Ya se acabó la curiosa murmuración de estas gentes para las que fuera motivo de crítica, hábitos y costumbres adquiridos en la ciudad de los canales, en la poética Venecia-, balbuceó ya entre dientes completando el pensamiento empezado en la región más íntima de su ser. «Parece que tardan», interrumpió un joven de los que más muestras de impaciencia daban, y que no era otro que el ya afamado pintor Luis de Tristán. Y el sonido cercano de la campana de Santo Tomé, anunciaba con su característico tañido, que lo

que con tanta impaciencia se esperaba era el Santo Sacramento de la Eucaristía que había de servir de viático á un moribundo.

Fué el siglo XVII, sin duda alguna, la centuria elegida por Dios para que llegara á su mayor esplendor la devoción á la Eucaristía, y se comprende fácilmente, dado lo reciente de la Reforma, y las profanaciones con que los mal encubiertos judaizantes manchaban nuestra Unidad Católica, conseguida con la Nacional á costa de tan largo batallar del Templo al Teatro, el cristiano español se complacía en rendir homenaje á su Dios Sacramentado, y á su divina inspiración formáronse las grandes congregaciones y se escribieron los

célebres Autos, en que rivalizaron nuestros grandes ingenios. Por eso el Viático descendía de la Parroquia á las espaciosas casas del Marqués de Villena; precedido y rodeado de lucido acompañamiento. Abría la marcha argentina y alta la cruz parroquial, y entre buen número de fieles, cofrades de la Santa Caridad y Nuestra Señora de las Angustias, portadores de robustos cirios de color verdoso; y algunos frailes de vecino convento, veíase artístico palio de brocado, bajo el cual, anciano sacerdote conducía el Pan de los Angeles. Era él, Fray Domingo de Benegas, fraile del Monasterio de San Pedro Mártir, grande amigo del enfermo, que así lo había exigido, por recibir aquél consuelo mayor, de manos conocidas, y marchaban á su lado servidores de la Iglesia con ricos faroles de ese característico estilo toledano que llamamos plateresco.

Pronto vióse invadido el patio por el lúgubre cortejo que subía por estrecha escalera adornada por mudéjares labores, y pasando por una pequeña estancia en cuyos armarios veíanse buen

número de libros, algunos impresos en Amberes pocos años antes, otros manuscritos de clásicos griegos y latinos; llegaba, como á final etapa, á otro aposento mayor que recibía los últimos reflejos de la tarde al través de anchurosa vidriera. El velón que sobre la sencilla mesa ardía, ayudaba con mayor potencia á la luz crepuscular, é iluminada por uno y otra, dibujábase la estancia. Era ésta modesta y severa cual competía á hidalgos de la época. Pocos eran los muebles, muchos los cuadros, que por su especial colorido, mezcla genial de la escuela del Ticiano y del atardecer toledano, denotaban un mismo artífice, idéntico pincel.

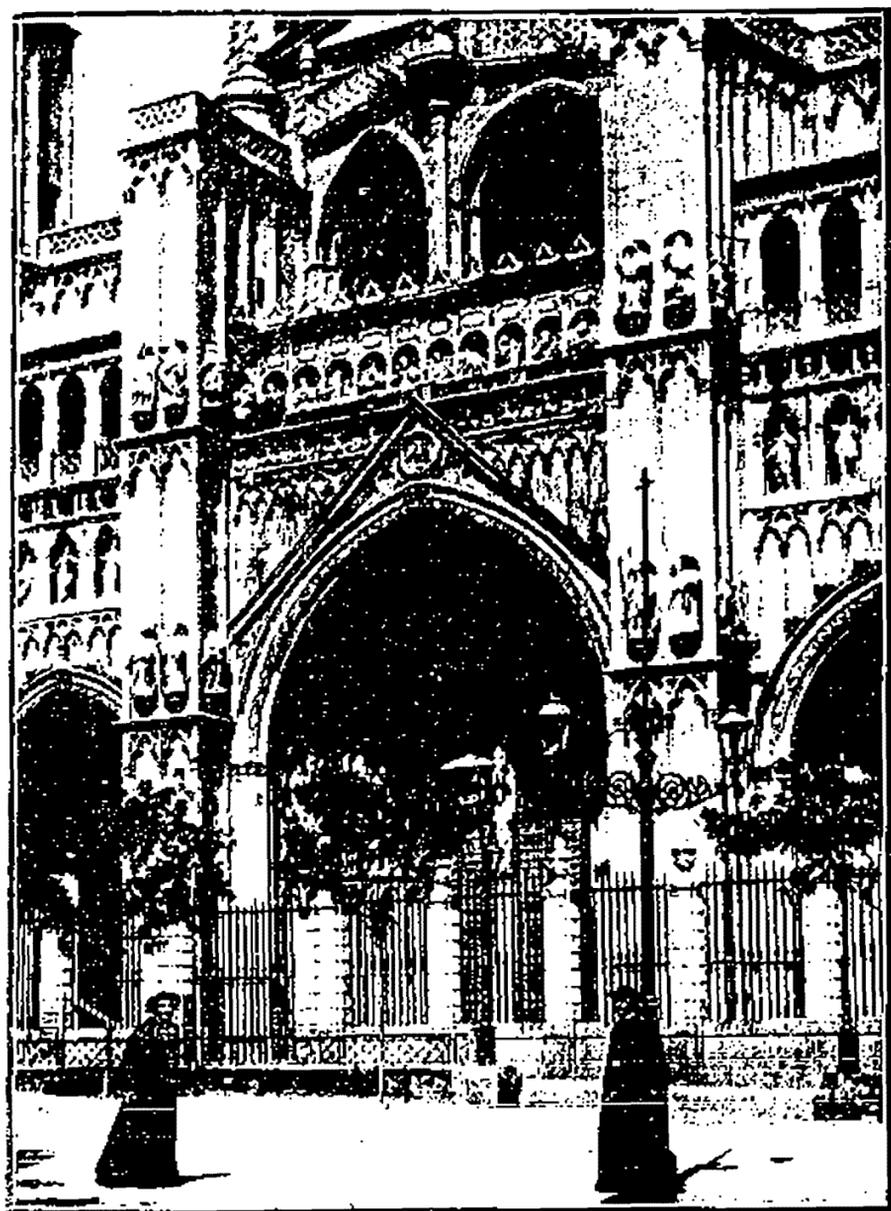
Una arca tallada, algunas sillas de nogal y cuero,



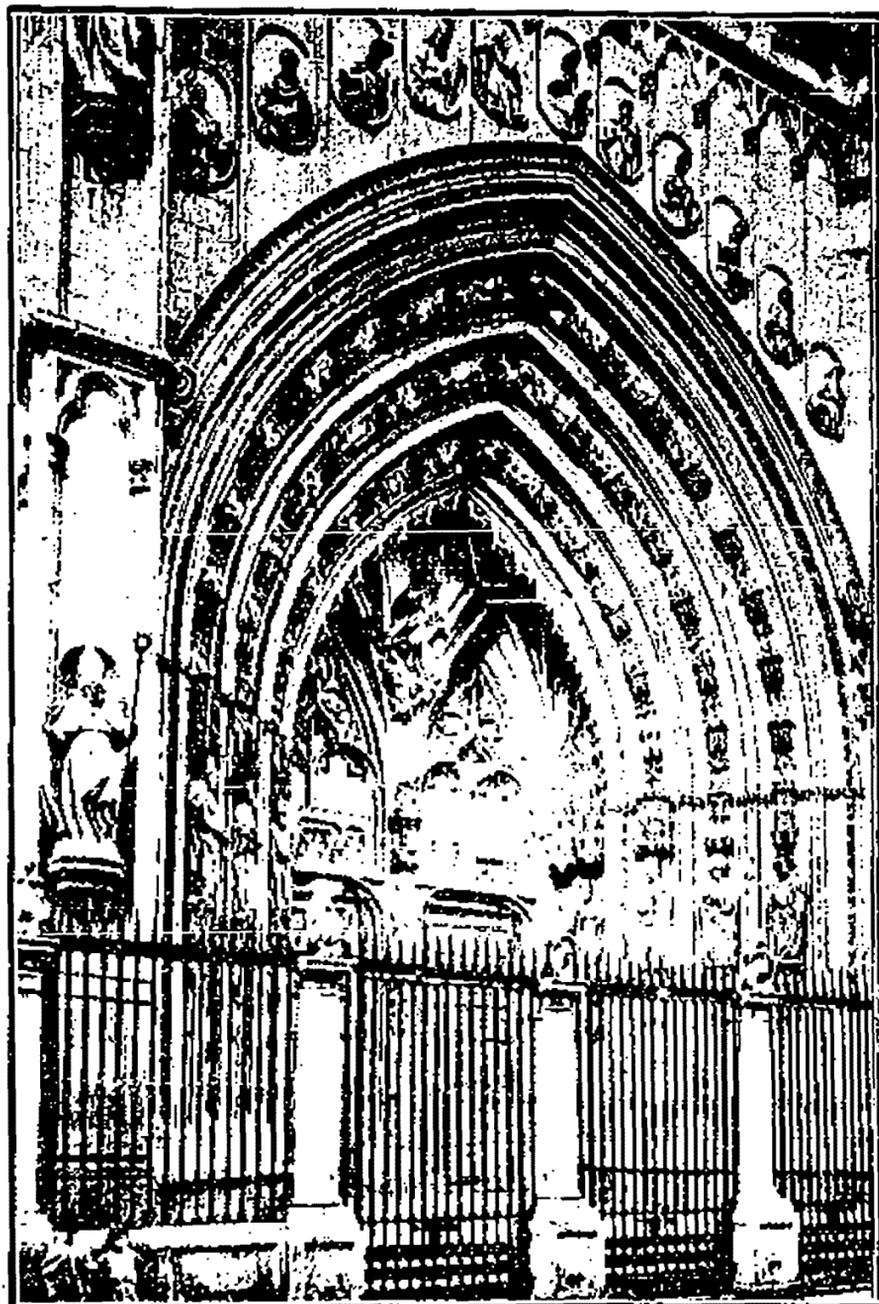
Señor, no soy digno de que entréis en mi casa. (Láiban.)

una alfombra de los entonces florecientes telares de San Juan de Alcaraz, cuyos dibujos y colorido denotaban orientales reminiscencias, y sobre ella, ante un escritorio aforrado de cuero, al que daba la espalda, sentado en frainluno billón, envuelto en su ferreruelo de paño, rétrico como los cuadros que le rodeaban, de semblante obscuro y macilento, Dominico Theotocopuli (*El Grieco*) esperaba resignado y fatigoso la deifica visita. Rodeábanle; unos de pie, arrodillada otra; su hijo Jorge Manuel, y el pequeño Gabriel, hijo de éste; su nuera la hacendosa D.^a Alfonsa de los Morales, y su protector el Doctor D. Gregorio de Angulo. No estaba allí en persona, pero sí retratado y en sitio preferente, aquel Julio Clovio, que llegado á la cúspide del arte de la miniatura, guió sus primeros pasos en la lejana Italia, entonces como ahora, patria del arte. Y como invocación cariñosa del Genio, acompañábanle, profusamente esparcidos por las paredes del cuarto, aquellos lienzos, que diseminados más tarde por templos y museos, pregonarían al mundo la inmortalidad del maestro. Ya representaban éstos la pequeña *Anunciación*, el alargado ángel, ó el primoroso *Cristo echando los mercaderes del templo*, por cuatro veces repetido; ó las *abezas apostólicas*, de vivas tonalidades; ya el *San Francisco*, que medita ante la calavera que sostiene en sus manos, lo efímero de las vanidades mandanas; el *San Mauricio*, que le sirvió de estudio para el gran cuadro

llados por el sino que les condenaba al no ser, entre las sombras de la muerte. Esta anunciaba ya su llegada al Maestro, que nacido en la gentilica Grecia, y educado



Fachada principal de la Catedral toledana.



Puerta de la Catedral llamada de los Leones.

en la Italia creyente, preparábase á recibirla con la piedad varonil de aquella España, que había de guardar sus restos venerandos, bajo las bóvedas del Convento, cuyos encargos motivaron su venida primero, su naturalización más tarde.

El ambiente religioso que respirara en la Ciudad Primada, le prepararía para un morir cristiano, y por eso, cuando todavía conservaba la lucidez, el Genio arrodillábase sostenido por su hijo, y por la fiel sirvienta de las negras tocas, para recibir la Hostia Consagrada. Breves, pero solemnes, fueron los momentos, terminados los cuales, los músicos del patio, acompañaban cadenciosamente los rezos de frailes y sacerdotes que volvían por la Plaza del Marqués á reintegrarse en la parroquial Iglesia, que había de mostrar al través de los siglos la obra inmortal, que para perpetuar el entierro del Señor de Orgaz, hubo de encargarse al gran pintor el Cura de Santo Tomé, D. Andrés Núñez de Madrid.

El Conde de Casal.

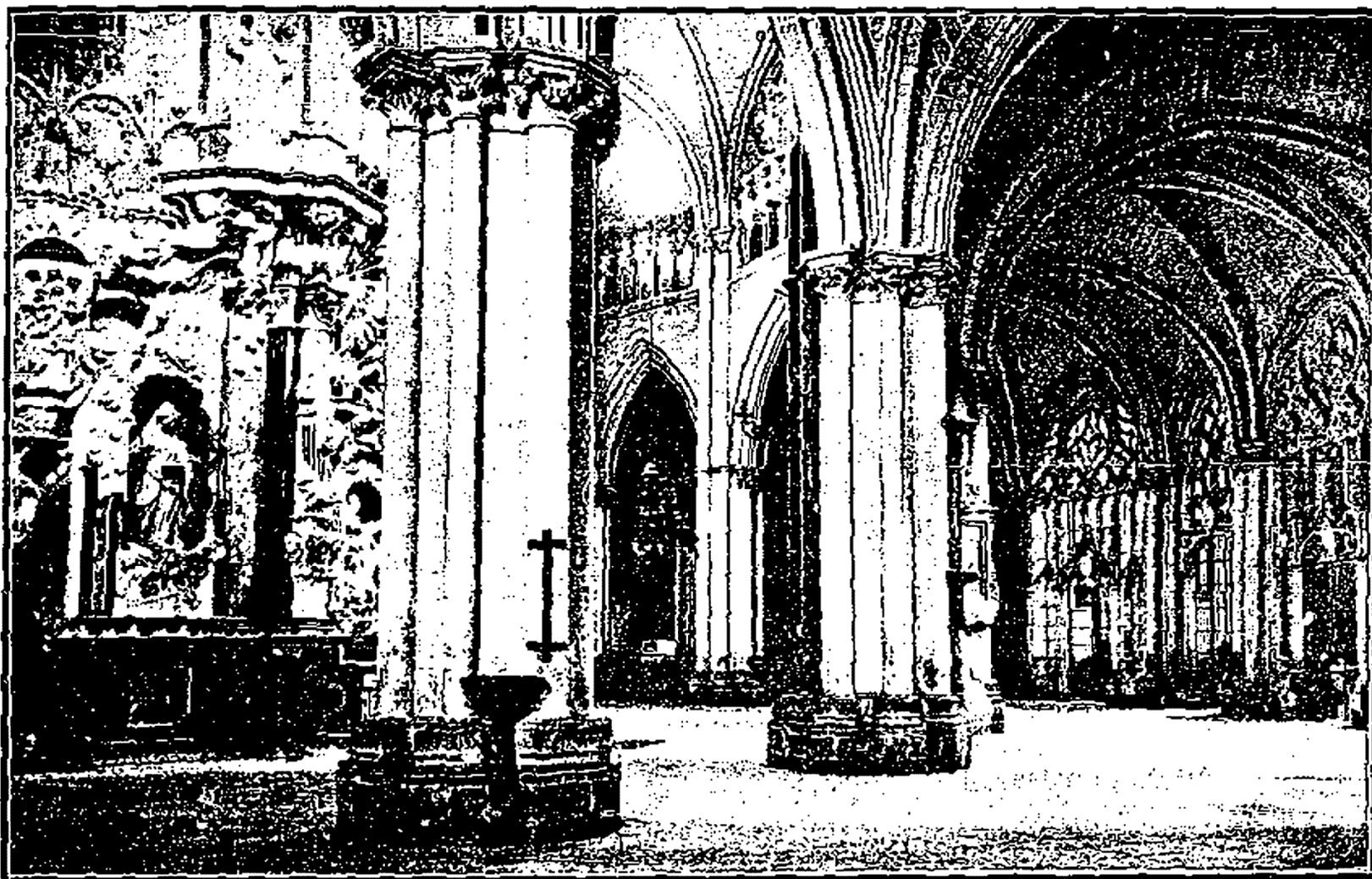
de El Escorial, que tantos sinsabores hubo de costarle; y tantos otros que como los del hospital, apenas comenzados, se escondían por los rincones como humi-

El Ejército ante el misterio de la Eucaristía.

La festividad del Santísimo Sacramento, que había tenido principio en Lieja en 1247, se extendió en el siglo XIII por todas partes, siendo Pontífice Urbano IV, quien dispuso se celebrase la misma solemnidad en Roma y en todo el mundo cristiano, por bula expedida en 1264. Y aunque se interrumpió esta fiesta por algunos años, á la muerte de aquel pontífice, poco después se admitió en todo el orbe católico, y llegó á ser una de las primeras festividades de la Iglesia, y la que con más solemnidad se celebra. Parroquias, monasterios, catedrales, todos se esmeran en mostrar en ese día sus más lucientes y vistosos atavíos, y las poblaciones de todas clases en adornar las calles y las plazas por donde ha de pasar en soberbio triunfo la majestad del Omnipotente. En nuestra España, después del establecimiento de las cofradías sacramentales,

riadores atribuyen á la fervorosa devoción al Santísimo Sacramento, ocurrido á la faz de los calvinistas entre aquella gente ruda y batalladora, bastará para lección á los que pretenden hoy divorciar el espíritu religioso de las varoniles empresas, y enseñanza de cómo en los trances difíciles son insuficientes los medios humanos, cuando se prescinde del poder divino.

Hallábase uno de aquellos tercios españoles reacio en emprender la expedición proyectada por Alejandro Farnesio contra Francia, mientras no recibiesen las pagas que por el gran apuro del tesoro real se les debía; cuando, al fin, llegaron los contadores reales á Cortray para repartir entre su gente doscientos mil ducados en oro. «Y al mismo tiempo de hazer las pagas se atravesó un ruido, que solo le faltaria Dios, no introducido como en fabula por tramoya, sino verdaderamente con presencia verdadera. Porque pidiendo la mitad del Tercio las pagas en moneda de más precio, que llaman real, y la otra mitad posponia la ganancia particular á



El Transparente, bellísima portada del camarín para Jesús Sacramentado, en la S. J. P.

el lujo y ostentación es más general en las Iglesias, y mucho más brillante en las Catedrales, con especialidad en Sevilla, Valencia, Barcelona y Toledo que, como Primada, ha sobresalido siempre en la magnificencia y decoro del culto, habiendo en todo tiempo atraído mucha gente la procesión y solemnisísima octava del Corpus que aquí se celebra.

El Ejército, que constituye la más viva representación de la raza de un pueblo, no habia de ser una excepción en esa constante fervorosa devoción que de antiguo viene profesando el pueblo español al sacratísimo Misterio del Amor. Ya en las Navas de Tolosa, donde, según testimonio del Arzobispo Jiménez de Rada, «oída la misa et las confesiones, et comulgados en aquel gran día, salieron á la batalla todos de buen corazón», lo mismo que en aquellos días gloriosos de los famosos tercios en que las armas españolas alcanzaron tanta preponderancia, nuestros soldados fortalecieron siempre su espíritu con la Sagrada Eucaristía al acometer las más arriesgadas empresas, ante cuya lectura todavía se agiganta el orgullo patrio. Era tan natural que los que guerreaban por la Religión y por la Patria en las nebulosas regiones del Norte ensalsasen con el ejemplo el dogma combatido por la herejía protestante, que uno sólo, entre los numerosos portentos que los histo-

la conveniencia de la hacienda del Rey, que segun afirmavan los Contadores, en el repartimiento comun vendría á montar un millon. Divididos pues en dos facciones los del Tercio, la controversia entre armados estaba para paffar de porfia á combate; cuando Pedro Almeriquez, Español Abad de S. Andres, corrió á un Templo cercano: facendo de el, el Augustissimo cuerpo de Christo en un vaso de plata, puesta la fobrepelliz viene acompañado de Ahas, y Ministros á la plaza, donde ordenados los dos batallones davan principio al choque, despues de haver quedado fin vida uno de los foldados disparandose á cafo un arcabuz. Entonces el Abad, entrando por medio de los esquadrones, rogava con lagrimas, agora á los unos, agora á los otros, que pues eran todos de una nacion no contaminaffen las manos con el nefario combate, por reverencia de aquella Deidad, cuya Fe los Españoles ante todas las gentes traian gravada en lo mas ultimo de los coraçones, promulgandola con voz, defendiendola con la fangre. Vistas estas cosas, y oidas, se les cayeron á los foldados de los pechos las iras, los arcabuces, y picas de las manos. Defarmó la magestad defarmada del Cuerpo Divino á los fobervios guerreros. Succedieron el fofiego al alboroto, la compuncçión á los fieros, y á la culpa en fu mayor ardimiento la penitencia, y dolor: acufandose, de que eran los peores de los mor-

tales, pues para ponerlos en paz, había sido menester, que interviniese el mismo Rey del Cielo y Tierra. Luego postrados de rodillas se obligaron con juramento á recibir las pagas en el genero de moneda que mas al Rey le pluguiese. Después habiendo recibido

en medio del Tercio á su Dios y Pacificador, con festivo estruendo de arcabuces, clarines, y cajas, le volvieron á la Iglesia á guisa de quien triunfava. (1).

Más tarde, no bien restablecida la España de la guerra llamada de Sucesión, vemos á Felipe V—1.º de Mayo de 1723—inspirándose en el mismo fervor religioso que sus antecesores los reyes de la Casa de Austria (2), y prevenir que los Regimientos rindan, como de tiempo inmemorial, las banderas al Santísimo Sacramento; doctrina que, grabada poco después en las Reales Ordenanzas promulgadas por Carlos III para que por ellas se rigiesen las instituciones militares, no se borró jamás, viéndosela, por el contrario, surgir siempre que la piedad de nuestros Monarcas era invocada á resolver sobre los incidentes suscitados en la forma con que habían de prestarse estos honores.

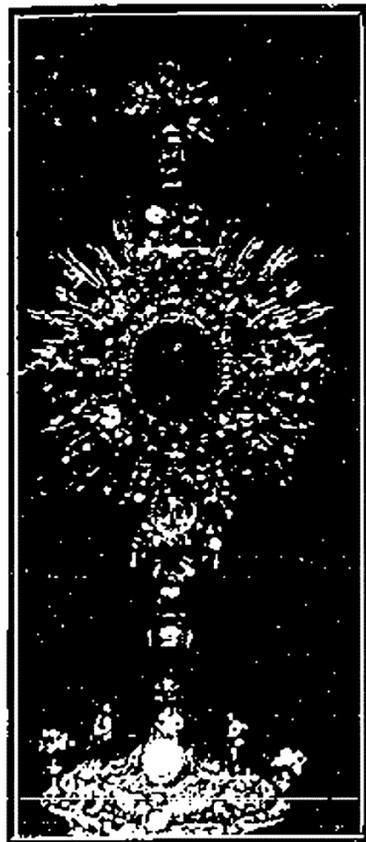
Con motivo de cierto incidente

ocurrido en Almería el día del Corpus de 1828 sobre el método de rendirse las banderas al tiempo de pasar por su frente el Santísimo Sacramento, se dignó S. M. mandar circularse nuevamente la Real orden de 18 de Enero de 1878, que decía así: «Habiendo ocurrido en la Ciudad de Coruña el día del Corpus del año pasado el lance de haberse detenido algún tiempo la procesión (con sentimiento de sus vecinos) por el modo con que la tropa hizo los honores al Santísimo Sacramento, solicitando el Cabildo eclesiástico de la Colegiata que se siguiese la práctica, hasta entonces observada, y se hallaba autorizada por Real orden de 1.º de Mayo de 1723, á que se opuso el Comandante general interino de aquel reino fundado en los arts. 2.º y 5.º, tratado 3.º, título 1.º de las Reales Ordenanzas. Hecho cargo el piadoso ánimo del Rey de que cuantos honores, humildes rendimientos y actos de veneración pueden dedicar los mortales á tan Soberano objeto, para evitar disputas, interpretaciones y dudas en adelante, uniformar que el método sea igual en todas sus partes y que en nada se rebaje de las demostraciones de sumisión y respeto que hasta ahora ha ideado en este punto la religiosidad de los Jefes militares, y que hayan visto practicar los fieles en honor del Santísimo Sacramento, se ha dignado S. M. resolver, sin embargo de lo prevenido en los citados artículos de la Ordenanza, que cuando la tropa esté formada ó deba formarse con banderas y pase pública y procesionalmente entre filas ó á su frente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, se avancen y rindan las banderas, tendiendo sus tafetanes, para que situados sobre ellas los Sacerdotes ó Preste que conduzcan la Custodia, eche éste

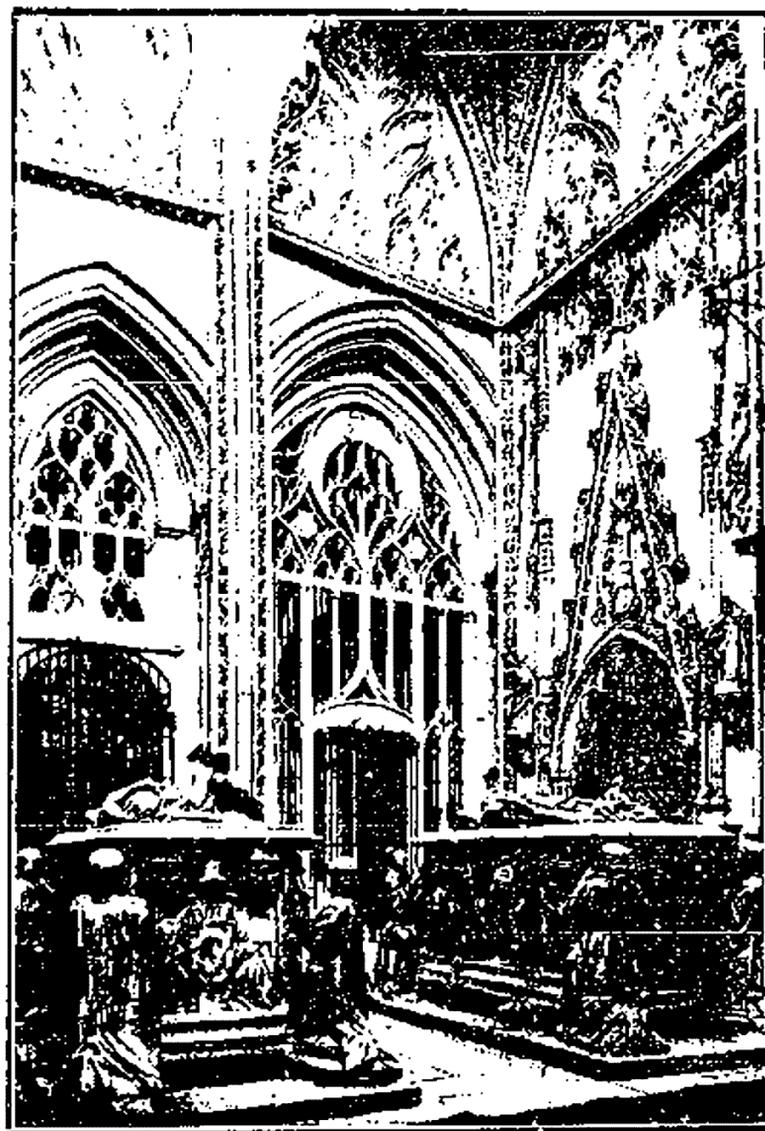
la Bendición á las armas» (1), y aun cuando por real disposición de 17 de Julio de 1890 no se extiendan ya sobre el suelo las banderas, y saluden al Santísimo Sacramento «bajándolas lo más posible en dirección al Sacerdote sin que toquen al suelo», todavía continúan las tropas, rindiendo las armas rodilla en tierra y descubiertas, las músicas y bandas de cornetas batiendo la *marcha granadera*, y sin prestar aquéllas en este caso honores á persona alguna que no sean los Reyes y Príncipes.

Pero donde más señaladamente se manifiesta la piedad de nuestro augusto Soberano hacia el Misterio de Dios Sacramentado, es en la Real orden anualmente dictada para que la Academia de Infantería (2), con motivo de la festividad del Corpus Christi y á fin de dar mayor realce á la procesión que se verifica ese día en Toledo, tome en ella la participación que permita el número de sus alumnos, «ya cubriendo la carrera ó dando solamente la escolta á S. D. M. á juicio del Director de dicho Centro.»

Siempre será consolador para todo español que se precie de católico el espectáculo de ver cómo una institución que vive en el



Custodia que llevó á la conquista de Orán el Cardenal Cisneros.



Capilla de D. Alvaro de Luna, en la S. I. P.

seno de una sociedad en su mayoría católica, que constituye su principal fuerza, continúa enlazando en la larga escala de los siglos con nuestros recuerdos más venerandos el hermoso consorcio de la fe y el valor, virtudes todavía bien cimentadas en medio del actual positivismo, que tiende á desarraigarlas de nuestra alma.

Hilario González.

Centente Coronel de Infantería.

(1) Guerras de Flandes por el R. P. Guillermo Dondino, Tom. 3.º, Part. 1.ª, página 285. Edic. de Amberes, 1748.

(2) Sabido es el grandísimo respeto que Felipe II tuvo siempre al Santísimo Sacramento del Altar. Siempre acompañó la Procesión del Corpus descubierta como hijo de padre, sin quitafol, y el año de 1596 yendo á las Defalcas de Madrid á ver á su hermana la Serenísima Emperatriz, falló el Santísimo Sacramento de la Parroquia de San Martín, y embió á su hijo el Rey Don Phelipe III á que lo acompañasse, diciendo, que si él tuviera pies lo hiciera con mucha voluntad. *Baltasar Parreño en Dichos y Hechos de el Señor Rey Don Phelipe Segundo*, página 95.

(1) Por otra de 16 de Julio de 1864 se dió á entender que la bendición se verifique sólo cuando el Viril ó Copón vaya en manos del Sacerdote, pero no si fuere llevado el Santísimo Sacramento en andas ó carro.

(2) Sabido es que el art. 14 del Reglamento orgánico para las Academias Militares prescribe que los alumnos sólo tomarán las armas para la instrucción reglamentaria, ejercicios prácticos, honores á SS. MM. cuando visiten la Academia y en los casos extraordinarios que se determinen de Real orden.

La crisálida rompe su capullo.....

(Fragmento del libro de la RUJARISTIA, en prensa y próximo a publicarse.)

- Yo la razón represento.
- Yo la divina poesía.
- Yo soy el mentor, el guía que dirige el pensamiento.
- Yo levanto el pensamiento impulsando el corazón.
- Soy la brújula, el timón de la triste humanidad.

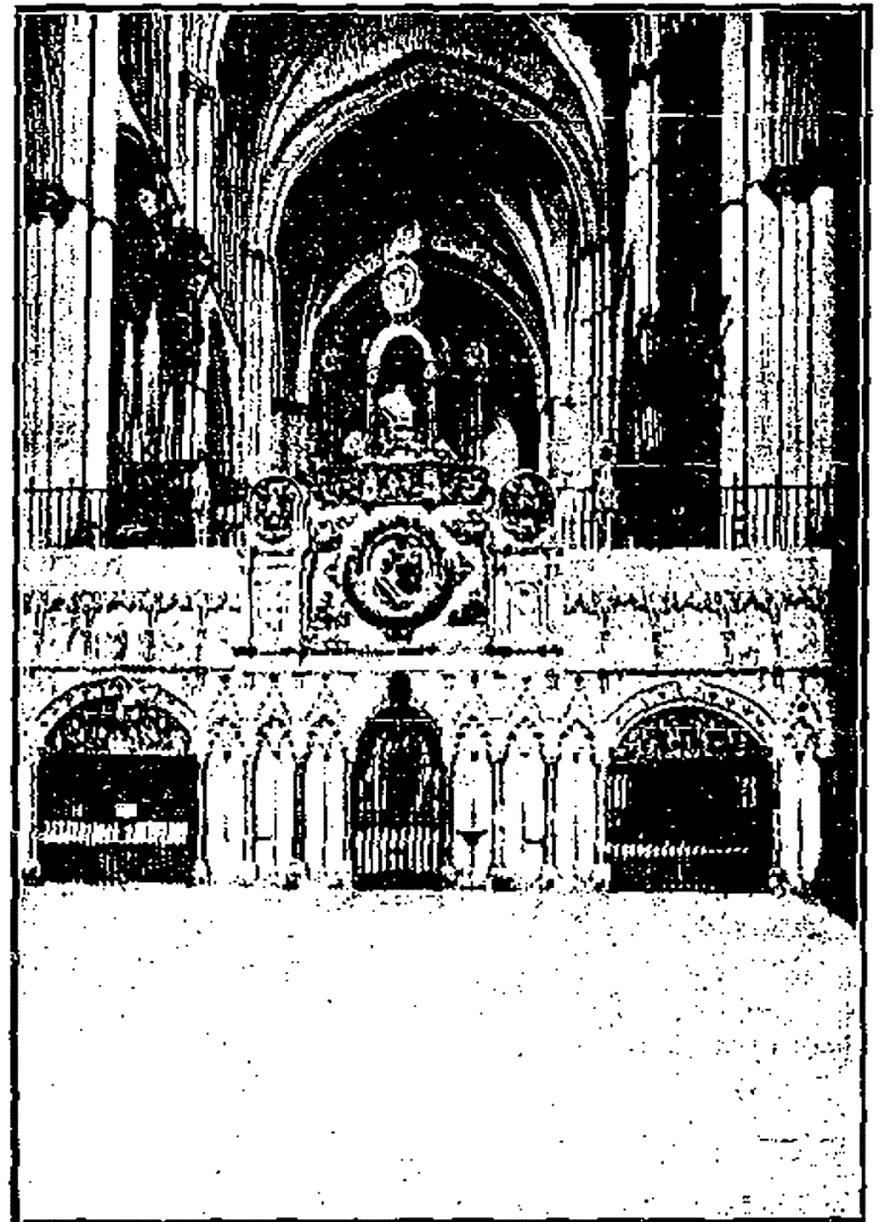


M. I. Sr. Dr. D. Jorge Borondo,
Dignidad Mayor de Mozárabe.

celoso organizador de la Fiesta Mozárabe y notable escritor,
cuyos profundos pensamientos honran
todos los números extraordinarios de EL CASTELLANO.

- Yo soy amor, soy bondad; la esperanza, la ilusión.
- Soy el principio eterno que da el cimiento del mundo.
- Yo soy el germen fecundo del principio terrenal.
- Yo soy el astro, el fanal que al universo da vida.
- Soy la aurora suspendida en el espacio infinito.
- Soy en la tierra el granito.
- Y yo la Luna dormida.
- Cuando levanto mi vuelo rasgo el azul del espacio.
- Es el éter mi palacio, mi pavimento es el cielo.
- Aunque vivo en este suelo, mensajera del Criador, soy de su esencia el fulgor.
- Soy la Biblia, soy la Cruz, soy la Madre de Jesús, su Calvario y su Tabor.
- Rasgo la noche sombría que oscurece el firmamento.
- Y yo elevo el pensamiento en el lumínar del día.
- Es la noche mi alegría, porque miro en las estrellas seres que habitan en ellas.
- Y yo las presto mis alas, la brillantez de mis galas y el fulgor de mis centellas.
- Yo soy la luz, soy la ciencia; soy el saber, la razón.
- Yo el arte, la inspiración y la divina creencia.
- Soy el alma, la conciencia; yo soy el ser, la verdad.

- Yo la hermosa claridad que dá brillo al mismo ser.
- Yo represento el poder.
- Y yo la fecundidad.
- Yo vivo para la historia, construyendo el porvenir.
- Yo los genios sé fundir en los rayos de la gloria.
- Mi corona es la victoria de la luz que centellea en el rayo de la idea.
- Soy de los héroes el alma, y del martirio la palma que sobre el templo flamea.
- Es mi espíritu la voz de la ciencia de los sabios.
- Yo soy el alma en los labios de los que imploran á Dios.
- Yo camino siempre en pos de la ley universal, de lo abstracto y material.
- En el corazón imprimo el amor con que redimo el sentimiento inmortal.
- Al posar la inteligencia del que entusiasta me llama, con mis reflejos se inflama en el ardor de la ciencia.
- Al que pida mi elocuencia le arrebató el corazón, le sumerjo en la pasión y le presto á sus pupilas el mirar de la Sibila dándole la inspiración.
- En la cumbre del Oriente, sobre peñascos y mares, erigieron sus altares los que adoraron mi frente.
- Son mi culto reverente los que del Este al Ocaso divinizan el Parnaso; es mi amor la Eucaristía en la excelsa fantasía de Teresa, Pascual y el Tasso.



Trascoro de la Catedral donde se celebrará la fiesta mozárabe
á la que están invitados los Sres. Congressistas.

- En Sócrates y Platón está la llama, está el fuego en que se abrasara el griego con divina inspiración.
- Del Olimpo al Partenón han cruzado mis corce-

les los encantados vergeles donde surgen inmortales los diamantinos raudales que fecundan mis laureles.

—¡Encantadora poesía! Préstame, hermosa, tus galas para meceme en las alas de tu ardiente fantasía! Es solitaria y tan fría esa región misteriosa donde mi alma reposa, que es un témpano de hielo hasta el luminar del cielo en que te ciernes grandiosa.

—¡Tú, la divina razón, grande, entre grandes, primera; sobrehumana mensajera entre el hombre y la creación! Con mi ardiente inspiración he derramado en mi canto los raudales de mi llanto, besando humilde tu pie para prenderte mi Fe en los pliegues de tu manto.

—Por donde quiera que paso, haciendo luz y vapores, se respiran los olores que descienden del Parnaso; y cuando percibo el trazo de alguna fugaz estrella, voy encontrando en su huella que en esa región del cielo has desplegado tu vuelo para descansar en ella.

—Aunque sumerjo la frente en las ondas del Egeo y es de borrasca el deseo en que se agita mi mente; aunque palpita ferviente delirando el corazón, y el numen, la inspiración es la luz que en mí fulgura, tú, con serena ternura, adormeces mi pasión.

—Yo necesito tu vuelo para ver el infinito; en tu mirada está el grito de los confines del cielo; yo voy rodando en el hielo de un polo sin lontananza, que se mira y no se alcanza; dame, hermosa, tus visiones, tus pintadas ilusiones y tu risueña esperanza.

—Yo ambiciono tu sosiego, y cambiara el corazón por la adusta reflexión de tu mirada de ciego. ¿Por qué le pides el fuego á quien el mundo no toca? ¿Qué hay

en mi que te provoca? ¡La egregia sabiduría envidiando á la poesía! ¡El delirio de una loca!

—Si tu númen se negara á ofrecerme el desvario que enardece el pecho mío, el progreso se acabara; el filósofo no hallara ni elevado el pensamiento ni sublime el sentimiento.

—Yo voy en pos de tus huellas para cimentar en ellas tu mismo descubrimiento.

—No me basta la extensión para llenar el espacio; yo necesito un palacio en que encierre á la creación; sólo ahí mi corazón podrá levantar el grito, que despierte en lo infinito el latido que enardece y con tu nombre extremece el confin de lo infinito.

—Está lleno el firmamento con los ecos de tu canto y has regado con tu llanto el cielo, la mar y el viento; porque viven de tu aliento las deidades del vacío, las sirenas en el río, las ondinas en las fuentes, tu suspiro en la corriente y tu llanto en el vacío.

—Pero es mi suave armonía el pesar de mis cantares, el reír de mis pesares y el dolor de mi alegría; siempre será la poesía una proscrita criatura, que está mirando ternura en las fuentes del Oriente para llegar á Occidente empapada en amargura.

—Ambas llenamos el mundo con el arte y con la ciencia; si yo doy la inteligencia, tú el sentimiento fecundo.

—En un piélago profundo va mi pobre embarcación: la Eucaristía va al timón, tú vas agitando el viento, yo la razón represento, tú la excelsa inspiración.

Sebastián M.^a de Luque.



Las Uvas

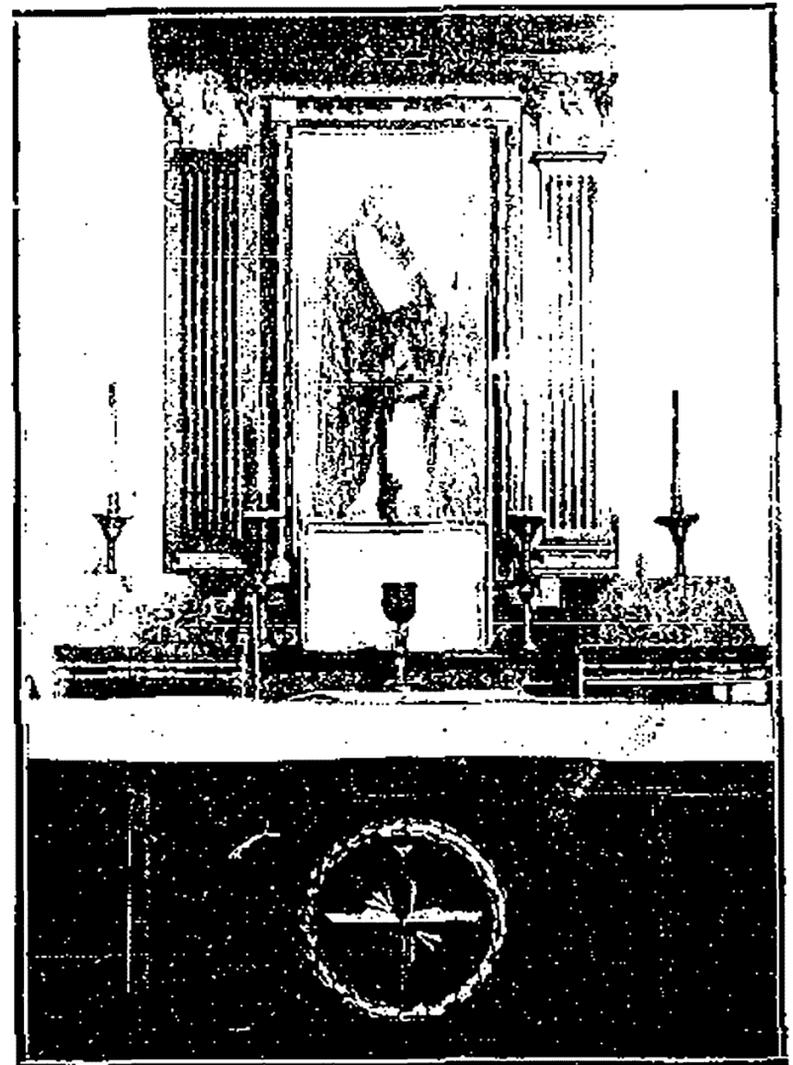
Martas.

—Sin temor á la nevada
que aún en las umbrías queda
calando el duro eierzo
que desciende de la sierra,
con tres mujeres á pie
abriendo la áspera cuesta,
cuyo fin el se yerguen
las casitas de una aldea.
¿Qué buscan esas mujeres
en tal día y tales tierras?
¿Porque aquél no es su camino
ni es suya la aldea aquella,
¿están diciendo bien el tro
de catalaje y sus mameas.
Pero ya al pueblo llegaron
al volver de un callej
ostentando sus mantillas
destran las tres en la Iglesia,
¿cuando que el Sacerdote
con su Misa á medias,
oyéndose en todo el templo
no á cuatro ó cinco viejas
de sus rezos interrumpen
¿entrar las forasteras,
¿el monaguillo por poco
corribo una vinajera.
De nada de esto se cuidan
nuestras devotas viajeras,
¿rodilladas y humildes,
¿en levantar la cabeza,
¿¿¿¿¿ con recogimiento
hasta que el momento llega

de la Communion; entonces
ante las gradas se acercan,
como en señal de que piden
parte en la Sagrada Mesa.
Se aturulla el monaguillo,
bosen más fuerte las viejas,
y por fin del Tabernáculo
se abre la dorada puerta,
y el amoroso Jesús,
que tantos días espera
allí abandonado y pobre,
por un momento se alegra
corriendo á sacar tres almas
que viven de sus fitezas.
Porque eso son las Martas
que junto al Sagrario velan,
almas nobles que no pueden
contentarse con la tierra,
y por eso en Cristo buscan
el pan que las alimenta.
Que cuando el mundo grosero
su Sacramento desprecia,
ellas le adoran rendidas,
le visitan, le cortejan,
porque Rey es de los cielos,
y pobrecitas no aciertan
de su lado á separarse,
como aquellas, como aquellas
que en la cumbre del Calvario,
llenas de amor y de pena,
al pie de la Cruz estaban
llorando lágrimas tiernas.
Y es el mismo Jesucristo
con toda su realeza
quien mora en la Eucaristía
y en nuestros templos se alberga,
donde á veces sólo llaman
el olvido ó la blasfemia,

Por eso las tres Martas
van á visitar la aldea,
á decir á sus vecinos
que tienen allí una prenda,
que es Jesús Sacramentado
de quien apenas se acuerdan.
Que miren que son sus hijos,
que le sirvan, que le quieran,
porque Jesús es muy bueno,
que á todos ama de veras;
que le visiten y adoren
y reciban con frecuencia,
porque es dulce para el alma,
porque es pan de vida eterna.
A eso van las tres Martas
y va la Virgen con ellas;
por eso están sus palabras
de amor y ternura llenas,
y rinden los corazones
y obtienen santas promesas,
de que ya no dejarán
solo á Jesús en la Iglesia;
que le irán á recibir
la pudorosa doncella,
algún obrero cristiano
y aún la pobrecita vieja.
Así vuelven las Martas
á su pueblo mas contentas
que si hubieran descubierto
tesoro de ricas perlas.
Trabajaron por amor
de Aquel que nos redimiera
dándonos toda su sangre,
y eso á los buenos alegra.

S. Ortega y Montealegre.



Cáliz, altar del Apostol Santiago
y atriles de la Capilla Mozárabe.

San Hermenegildo.

AL evocar en estos días las glorias del Santísimo Sacramento, justo es que se evoquen también las de los denodados paladines que defendieron heroicamente la verdad de este Sagrado Misterio, vertiendo generosamente su sangre como testimonio de la acendrada fe católica que los vivificaba y de la fortaleza con que demostraron á la posteridad lo incontrovertible de este inefable dogma.

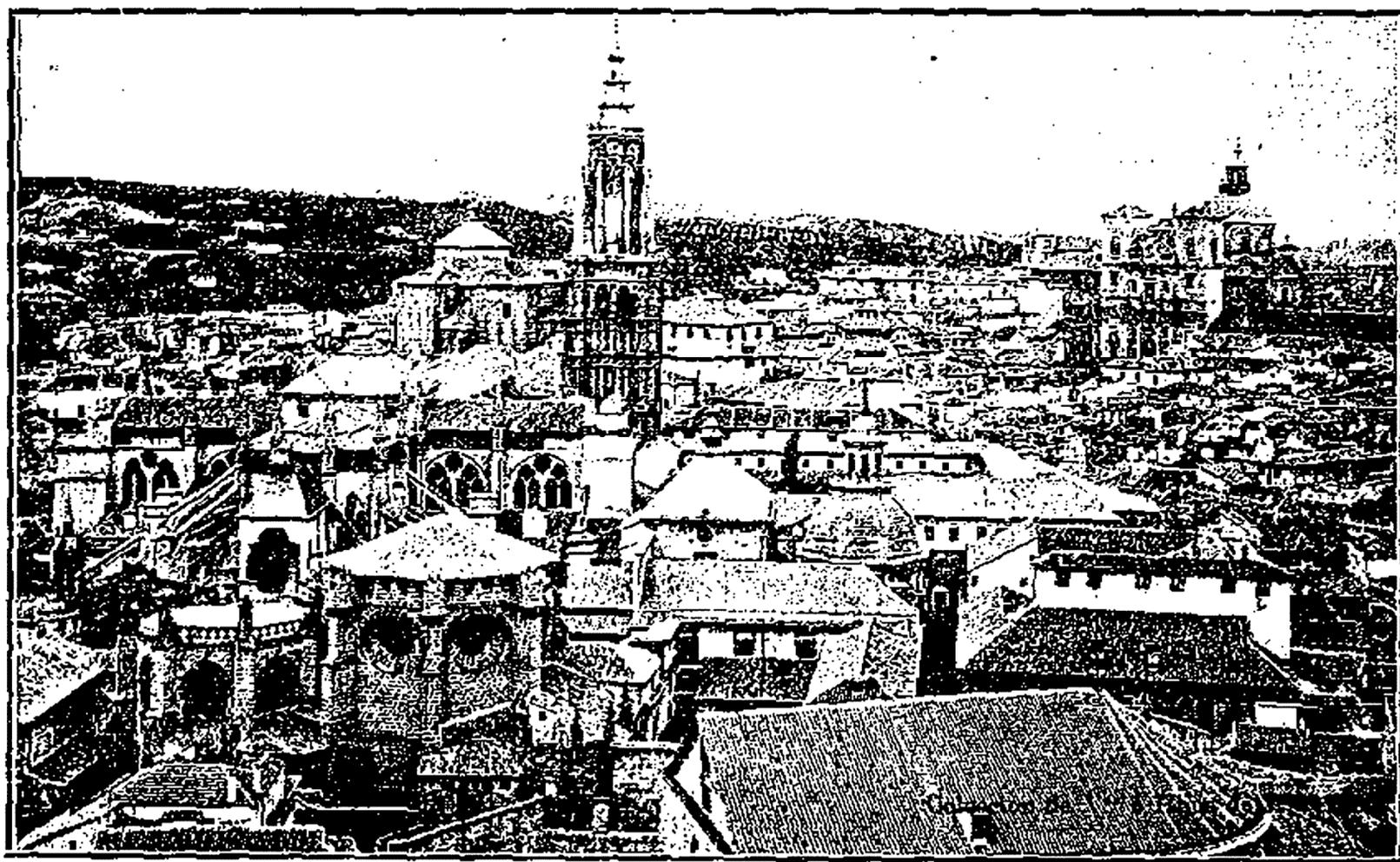
Uno de estos héroes y tal vez el más olvidado, es el insigne y augusto San Hermenegildo, honra y prez de la dinastía visigoda. Su sangre fué la semilla del árbol frondoso del catolicismo en aquellas remotas edades, cuyas ramas hasta nosotros han llegado y á cuya sombra tan sorprendentes epopeyas se han desarrollado en los fastos de la monarquía española.

Empeño ha habido en obscurecer la fama de este Príncipe: en negarle su santidad y en presentarle hasta como monstruo del delito de lesa majestad y de lesa paternidad, por haberse sublevado

conato pasajero en los tiempos de Eurico, limitado al territorio de la Aquitania; siendo el movimiento del catolicismo cada vez más progresivo entre la gente goda, como lo acreditan los numerosos concilios ya provinciales, ya generales, celebrados con la voluntad ó contra la voluntad de los monarcas. Mas al llegar la dominación á su período álgido, la herejía arriana, importada por Ataulfo, se veía decaer ya á un grado de impotencia tal, que tuvo necesidad de apoyarse en el trono para imponerse despóticamente desde él, invocándose por primera vez en España la supremacía del poder civil sobre el religioso. Pero el catolicismo siempre pujante llegó á escalar las mismas gradas del trono y allí librar la batalla decisiva.

Como en las grandes crisis de la humanidad, siempre ha de haber alguna *ella* de por medio, en la religiosa del siglo VI, hubo dos *ellas* que fueron las propulsoras de la gran lucha final entre el arrianismo y el catolicismo.

Sabida es la gran protección que Atanagildo dispensó á éste, pues lo atestiguan los numerosos templos que bajo su égida protectora se erigieron en España y aún se conservan en Toledo, aunque



Vista panorámica de Toledo.

y hecho armas contra su padre y rey, sumiendo á la nación en una tremenda guerra civil.

Permítaseme, aunque no sea más que como obscuro caballero de su Orden, salir á su defensa y presentarle tal como fué y no como lo quieren presentar sus detractores, que á la vez lo son de la Iglesia Católica, la que á poco de su muerte lo puso en el catálogo de sus santos mártires.

La manera segura é imparcial de juzgar un hecho histórico, una época, un acontecimiento, es estudiar la historia de los *gobernados* y no la de los *gobernantes*; discutiendo las vicisitudes de aquéllos y no las pasiones de éstos, trasladándose con la mente á aquella sociedad, respirar su atmósfera, vivir en aquel ambiente legal, rodearse de sus costumbres; y en presencia de ellas, juzgar entonces al gobernante, para ver si estuvo ó no á la altura de las circunstancias, si procedió en pro ó en contra de éstas y si su política fué ó no la más acertada.

Hasta el año 570 en que comenzó el reinado de Leovigildo, los vencidos hispano-romanos, no tuvieron una verdadera y tenaz persecución religiosa por parte de los vencedores visigodos, salvo un

desfigurados en parte, como son los de Santa Eulalia, San Sebastián y la parte inferior del Cristo de la Luz; y si aquel rey no llegó á hacer pública abjuración de los errores de Arrio, fué por el dominio que sobre él ejercía su esposa, la fanática Gosvinda, de peregrina hermosura, pero de corazón de hiena.

Muerto Atanagildo, hereda de él Leovigildo, no sólo la corona, sino la esposa, pues contrajo segundas nupcias con Gosvinda la furibunda arriana; y al mismo tiempo, Hermenegildo el príncipe heredero, casóse con la princesa católica Ingunda, hija de Sigerico, rey de los francos.

Calcule ahora el lector la situación violentísima que se establece en el Palacio real de Toledo, con la reina Gosvinda, de carácter altivo y dominante, revestida con el de madrastra de Hermenegildo y madrastra-suegra de la piadosa é intransigente Ingunda. Horrores refiere el Turonense de lo que aquélla hizo pasar á ésta, por el gran empeño que puso en que se rebautizase, llegando á golpearla, arrastrarla por el cabello, pisotearla y ultrajarla de mil maneras.

No podía el corazón de Hermenegildo permanecer indiferente ante tales y tan bárbaros atropellos á su querida esposa y en defen-

sa de ella, hace presente á su augusto padre la imposibilidad de seguir así conviviendo en el mismo palacio, y la necesidad de poner término á aquellas domésticas discordias.

Entonces Leovigildo pretexta por razón de Estado la conveniencia de establecer un principado ó virreinato en Sevilla, adjudicándosele á su hijo Hermenegildo.

Aquella disensión de la real familia, no era más que el reflejo de la gran lucha popular que al propio tiempo se estaba verificando entre la inmensa muchedumbre de los católicos y la fracción cada



Castillo de San Servando.

vez más decreciente de los arrianos, que de día en día iban perdiendo su preponderancia.

Como si no fueran bastantes los ejemplos de fe heroica de Ingunda, las exhortaciones del gran San Leandro acabaron de decidir á Hermenegildo para hacer una pública y solemne abjuración de la herejía ante el pueblo de Sevilla, recibiendo de manos de aquel Prelado el santo y verdadero bautismo, bajo la fórmula *in nomine Patris ET Filii ET Spiritus Sancti*; pues nulo era el que en su niñez recibió bajo la de *in nomine Patris per Filium in Spiritui Sancto*.

Delirante el católico pueblo de Sevilla, le aclama por su rey; las tropas imperiales que profesaban la misma fe, se unen al movimiento, y le ofrece su protección y alianza el rey suevo Miro, que á la sazón lo era de las católicas Galicia y Lusitania.

Véase ahora la verdad histórica, de que Hermenegildo no fué el que se *sublevó* contra su padre, sino el pueblo y el clero en masa el que lo *levantó* y lo proclamó caudillo, obligándole las circunstancias á ser el paladín de la Fe, con fuerza irresistible de abajo arriba, que le colocó en una situación, no voluntaria, sino *impuesta*, que no tuvo más remedio que sostener.

La guerra comenzada en el palacio de Toledo entre una reina y una princesa se extiende con las armas en los campos de batalla siendo su centro de operaciones la ciudad de Sevilla. Allí acude el belicoso Leovigildo con todo su Ejército, imponiéndose por el terror en todas las comarcas, dejando á los católicos cercados en la plaza, que resiste tenazmente, hasta que una hábil maniobra dispuesta por el rey, le corta la comunicación á los suevos, y el soborno que emplea con los imperiales ocasiona su deserción, llegando hasta á torcer el curso del Bétis y reedificar los muros de Itálica. Al cabo de dos años de asedio, logra Hermenegildo huir á Córdoba, tomando asilo en un templo, en donde á instancias de su hermano Recaredo, sale de él fiado en la promesa de perdón de su padre. Airado Leovigildo, obrando como monarca agraviado y no como padre misericordioso, le hace despojar de las insignias reales y le manda á encerrar en oscura prisión. Allí le envía prelados arrianos incitándole á la apostasía, y ni con ruegos, ni con amenazas terribles, consigue que renuncie á sus creencias religiosas, hasta que cuarto de su intransigencia lo envía desterrado á Valencia.

Recibiendo los valencianos en triunfo, se ponen á su devoción

las tropas bizantinas que guarnecen las costas de Levante, se le ofrecen los reyes francos de las Galias, padres y parientes de Ingunda y se restablece la guerra. Acude impetuoso Leovigildo con sus huestes y persigue á su hijo hasta que lo hace prisionero y lo encierra en un calabozo de Tarragona.

Siempre instigado Leovigildo por su esposa Gosvinda, insiste otra vez en obligarle á apostatar, pero el hijo siempre firme en su fe, rechaza enérgico toda tentativa.

Llega la Pascua, y el padre le envía un obispo arriano para que de su mano reciba la comunión; pero el príncipe, perseverante en sus creencias, rechaza al prelado hereje y dice con altivez, que él no reconoce más Eucaristía que la consagrada por las eternas palabras de Jesucristo, reproducidas constantemente por la boca de los sacerdotes católicos en el altar; que le envíen á uno de éstos, con la sagrada Comunión y la recibirá reverente, pues esos son sus vivos y ansiosos deseos. He ahí una verdadera comunión espiritual.

El desairado obispo da cuenta al rey del fracaso de su gestión y arrebatado éste, montando en cólera infernal, expide la fatal orden á Sisberto, jefe de la prisión, de que ó reciba la comunión que le volverá á ofrecer el prelado, ó le corte la cabeza de un hachazo.

Llega la terrible escena: Hermenegildo, levantando sus ojos al cielo, hace de nuevo su profesión de fe eucarística y recibe el mortal hachazo en su santa cabeza, volando á las mansiones de la eterna felicidad el día del sábado de Gloria, 13 de Abril de 586.

Al poco tiempo muere Leovigildo atormentado por los remordimientos; y los efugios de la sangre del mártir resurgen hasta subir al trono, ocupado por su hermano Recaredo, el que en seguida se hace católico, da libertad á la Iglesia y convoca el III concilio toledano, en donde queda estatuida para siempre la unidad católica en la Nación española.

Manuel Castaños y Montijano

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Un gran Templo Eucarístico.

La Iglesia ex Colegial del Santísimo Sacramento de la villa de Otreras.

VÉOME honrado por el Sr. Director de EL CASTELLANO con la petición de que le envíe *algo* para el número extraordinario que el periódico prepara con motivo de la próxima festividad del *Corpus Christi* y de la también próxima celebración del Con-



Una vista del Alcázar.

greso Internacional que atrae sobre Madrid la atención de los católicos de dentro y de fuera de España. Ese *algo*, colijo yo, por obvias razones, bien puede y aun debe ser algo eucarístico y toledano.

A las tales razones me atengo, pues; y en atención á que el

tiempo corre y no espera y á que más vale un toma que dos te daré y más también pájaro en mano que buitre volando, sin meterse ahora por las angosturas de nuevas investigaciones para las que el momento no es propicio, voy á trasladar aquí un capítulo de una obra mía inédita, que inédita habrá de quedarse si Dios y algún futuro Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes no la hacen cambiar de estado. La obra es el *Catálogo monumental de la provincia de Toledo*, y el capítulo se refiere al insigne monumento cuyo nombre encabeza estas líneas. He ahí la copia, en que conservan sus respectivos lugares la parte descriptiva, la clasificación y la noticia histórica.

«Antigua Iglesia Colegial, ahora parroquial.

Grandiosa fábrica de mampostería y sillería, orientada según la práctica casi constantemente seguida, dispuesta en tres naves, con ábside de tres paramentos, gran inafrente con ingreso al O., otra puerta de entrada al S. y una hermosa torre á la izquierda de los pies de la Iglesia.

Contrarrestan convenientemente los empujes de las bóvedas estribos en los ángulos del ábside, arosos arbotantes en la nave central y, en las laterales, robustos y salientes botareles que rematan en grandes y decorativos flameros de piedra, del renacimiento. Suministraban abundantes luces al recinto una gran ventana apuntada en el paramento central del ábside y dos series de ventanas de la misma forma y gusto artístico en ambos lados de la nave mayor; pero una y otras están cegadas.

Muy interesante ejemplar de la transición gótico-plateresca es la inafrente, complicada en su invención y traza, cuajada de exornos en relieve ejecutados sobre piedra caliza.

Sírvese de pórtico protector de la portada un gran arco de medio punto, cuyas dovelas en su intradós y en su cara externa adorna-

Mucho más sencilla y sobria, y también plateresca, es la portada lateral, ó del Sur. Véase en ella un cuerpo de dos columnas con su entablamento, ciñendo á un arco de medio punto con las dovelas, como las jambas en que apoya, ornadas de casetones. Las enjutas resultantes se adornan con graciosas cintas. Sobre este cuerpo hay un caprichoso remate á manera, también, de cintas, flanqueado por dos flameros, y más arriba, dentro de una corona ó guirnalda, las cinco llagas y un cáliz con su hostia.

De planta cuadrada y sólida obra de sillería es la Torre, en cuya mole aparecen, juntamente con sobrios exornos ó más bien indicaciones de tradición gótica, otros francamente platerescos. A este último arte corresponden las dos ventanitas de la cara principal ó del O.; las parejas de arcos semicirculares para las campanas que hay en cada fachada del último cuerpo; y el antepecho de colum-



Posada de la Sangre.



Puente de Alcántara.



Puerta del Cristo de la Luz.



Puerta de Alfonso VI.

nan adecuadas labores. En ambos extremos superiores del muro en que se abre el arco, dos góticas gárgolas despiden las aguas pluviales y entre una y otra corre una imposta engalanada con follaje del mismo arte. Integran la portada dos cuerpos sobrepuestos en que explyara su inspiración la primera manera del Renacimiento español, manifestándose en cierto pintoresco desorden y acumulación de motivos ornamentales, en que están patentes los tanteos del arte y la ausencia de un gusto depurado. Hay allí, entre otras cosas, columnas, jambas tachonadas de florones, entablamentos, archivoltas adornadas con cabezas de serafines, frisos con el mismo exorno y con cálices y hostias, platerescas hornacinas, cálices de mayor tamaño con sus sendas hostias, los símbolos de los Evangelistas, las llaves de San Pedro, que ocupan ciertos capiteles; flameros y, en fin, inscripciones latinas alusivas, ora á la casa de Dios, ora al Sacramento del altar.

nillas abalaustradas que corona este mismo cuerpo, termina la torre en agudo chapitel piramidal empizarrado.

Bello es interiormente el edificio, que alcanza una longitud y una latitud, respectivamente, de 55,35 y 22,15 metros. Tiene ocho bien proporcionados tramos cubiertos por bóvedas de crucería ojival, de los que los dos primeros corresponden á la capilla mayor; el tercero y cuarto al crucero; el quinto y sexto al coro, y los dos últimos á los pies de la Iglesia. Sostienen la techumbre esbellos y finos pilares fasciculados que son medios pilares ó fascículos junto á los muros. Los zócalos ó basamentos son comunes ó únicos en cada hacedillo de columnas y los capiteles muy pequeños, casi rudimentarios. Aprécianse bien las ventanas, apuntadas y con su parteluz, que abrió el constructor en lo alto de los muros ó tramos de la nave principal, como á los pies de la Iglesia; pero actualmente están cegadas, según antes se dijo. Al presbiterio se asciende por diez espaciosos escalones de piedra.

En lo alto del muro derecho del templo, sobre la puerta lateral de entrada, hay una inscripción en caracteres góticos minúsculos pintados en negro, que dice así:

Comecose - esta - yglia - año - de - m - d - ix - acabose - en - el - d - xviii - y - desde - ally - enadelante - sedize - y - celebra - los - divinos - oficios - y - horas - canonicas - tudola - y - dotola - la - muy - ille - s^a - doña - ther^a - enriquez - de - buena - memoria - falleció - su - s^a - a - p^{er}mero - de - março - de - m - d - xxix - i - dexo - por - patrones - della - alos - muy - illes - señors - duqs - de - maqda - sus - hijos - inyeto - subeesores - en - señorio - desta - villa - de - torrijos.

Cuatro capillas hay agregadas al templo, de las que sólo dos interesan algún tanto en atención á su arquitectura, similar á la del resto. Ambas están unidas á la banda septentrional del templo y son: la espaciosa y alta de *San Gil*, cubierta por bóveda de crucería, alumbrada por una ventana de arco de medio punto ornado de angelillos en escultura, por el que se comunica con la Iglesia; y la

pequeña y también gótica, pero renovada, *del Amor Hermoso*, de baja techumbre

Finalmente en el mismo muro septentrional ó izquierdo se ve una sencilla portada del Renacimiento, de estilo plateresco, compuesta de un arco pilastras, y, en un cuerpo superior, tres nichos y flameros con remate. Esta portada da acceso á la sacristía, que es ojival y espaciosa y tiene tres tramos de bóveda, cuyas nervaduras descansan en ménsulas.

Arquitectura. Estilo ojival terciario y Renacimiento primario; estilo plateresco. Siglo XVI.

En la inscripción, poco há reproducida, se historia muy abrevia-



Cristo de la Luz.



Santa María La Blanca.

mente la Iglesia Colegial que acaba de describirse. Pero lo interesante del monumento requiere que amplíemos las escasas noticias que suministra la inscripción.

Fundó esta Iglesia ex Colegial, dando así á Torrijos un testimonio de singular predilección, la piadosísima Señora, que lo era de la villa, D.^a Teresa Enríquez, de la cual más largamente se dirá en otro capítulo de este catálogo. Gran devota del Santísimo Sacramento del altar, á él quiso consagrarle esta Iglesia, con aquella misma advocación y también con la de *Corpus Christi*. No consta el nombre del arquitecto que trazó y dirigió la obra. Dícese que se invirtieron en ella 32.000 ducados, y que, cuando en 1518 se dió por terminada, se celebró el suceso en Torrijos con grandes fiestas. Parece que el intento de la fundadora era el de instituir un colegio de 10 frailes y entregarles la fabricada Iglesia, para lo cual hizo donación de ella á la orden dominicana con promesa de labrar allí junto una morada para los religiosos y de situarles la necesaria renta sin más carga que la de predicar la Indulgencia y Jubileo que ella había alcanzado del Papa y con obligación de distribuir ciertos vasos sagrados y objetos para el culto á iglesias pobres de Galicia y la Montaña. Pero el pensamiento quedó sin efecto, pues los Dominicos no quisieron admitir la oferta.

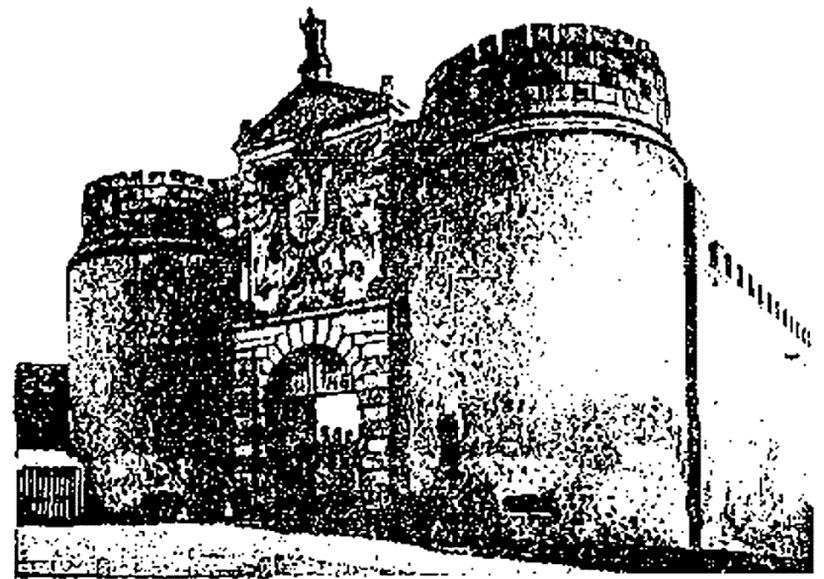
Variando, pues, de rumbo, dotó la Colegiata con 2.000 ducados de renta perpetua. Fundó una capellanía mayor y doce de coro, asignándoles una remuneración de 50.000 ó 40.000 maravedís á aquélla, según que el capellán mayor estaba ó no graduado de Doctor, y 20.000 á cada una de éstas. A más agregó, convenientemente facultada, buen número de ministros del altar y de dependientes subalternos: presidente que sustituía al capellán mayor; tesorero, sochantres, maestro de ceremonias, obrero, apuntador del coro, contador, secretario, procurador, maestro de capilla, sacristán, organista, pertiguero, campanero, perrero y visitador de la Iglesia. Léjase entender con ésto que la celebración del culto divino, el rezo de las horas canónicas y las misas diarias verificábanse en la Colegial de Torrijos con la solemnidad y pompa que en una Catedral. Agregado á la Colegiata fundó además D.^a Teresa un semina-

rio para veinticuatro dichos jóvenes *mozos de coro*, á quienes se daba convenientemente instrucción religiosa y literaria; y, en fin, dejó á la Colegial considerable renta para redención de cautivos y para acompañamiento del Viático. Y tal fué su afición á la Colegiata de Torrijos que en la capilla mayor dió sepultura á dos de sus hijos y que de la Iglesia á las casas que edificó entre ella y su palacio, mandó construir un pasadizo para poder acudir directamente á una tribuna, asistiendo desde allí á los divinos oficios.

Enriqueció la fundadora á su Iglesia predilecta con alhajas de oro y plata, ornamentos, sedas, tapicería y otros objetos hasta por valor de 12.000 ducados. Y así ella como los sucesores en su estado procuraron y obtuvieron para la Colegial numerosas reliquias que en un relicario adosado á la nave derecha de la iglesia se veneran, y cuya enumeración sería larga.

Del tiempo de D.^a Teresa son también, sin duda, las capillas de San Gil y del Amor Hermoso, cuya arquitectura queda descrita. Y más modernas, y para los efectos de esta obra no importantes, otras dos capillas, pequeñas ambas, y agregadas al templo en época posterior, es á saber: la de la *Concepción*, al lado derecho, y la del *Carmen* al lado izquierdo.

Por considerarlo de interés y porque difiere en algunos detalles de lo hasta aquí consignado, añadiendo otros nuevos, transcribo lo que de la Colegiata de Torrijos dijeron Juan Miguel de Alzola y Rodrigo de Andrada en el capítulo IV de la relación dada en 1576 por la villa de orden de Felipe II. «Ay una yglesia que se dice del santissimo sacramento que fundo y doto la ill^{ma} doña Teresa Enriquez en la qual dexo hasta un cuento de Renta poco mas o menos en bienes temporales juros y tributos y en ella hay un capellan mayor y doce capellanes y un sacristan clerigo y un maestro de capilla clerigo y veinte mozos de coro y organista y campanero y pertiguero y perrero y barrendero que tienen los capellanes hasta treinta mil mrs y pagadas las prebendas y distribuciones todo lo demas se gasta en visitar yglesias pobres del reyno cada año á las quales dan ornamento de seda y calices y caxas de plata para tener el santissimo sacramento y casar huerfanas cada año el día de nuestra señora de Marzo y en redimir captivos y se dice una



Puerta de Visagra.

memoria y aniversario por los reyes catolicos don Fernando y doña Ysabel y en ayuda que se da de la dicha renta para que se curen enfermos de males contagiosos en un hospital de nuestra señora y en otros veinte mil mrs que da al hospital de la santissima trinidad y en otros treinta y seis mil mrs que da al monesterio de los frayles de Guccija que es la Talia de Marchena en Almeria para siempre jamas y que esta dha iglesia del santissimo sacramento de toda la christiandad y la iglesia es muy principal de tres naves con su coro y capilla mayor y retablo y á los dos lados otras dos capillas de mas de otra capilla principal que está labrada fuera del cuerpo de la iglesia que se llama la iglesia de San Gil y ay sacristia muy buena y algibe y en la dha yglesia se celebran las oras canonicas e divi-

nos oficios perpetuamente y en el dicen tres misas cantadas cada día en el altar mayor.»

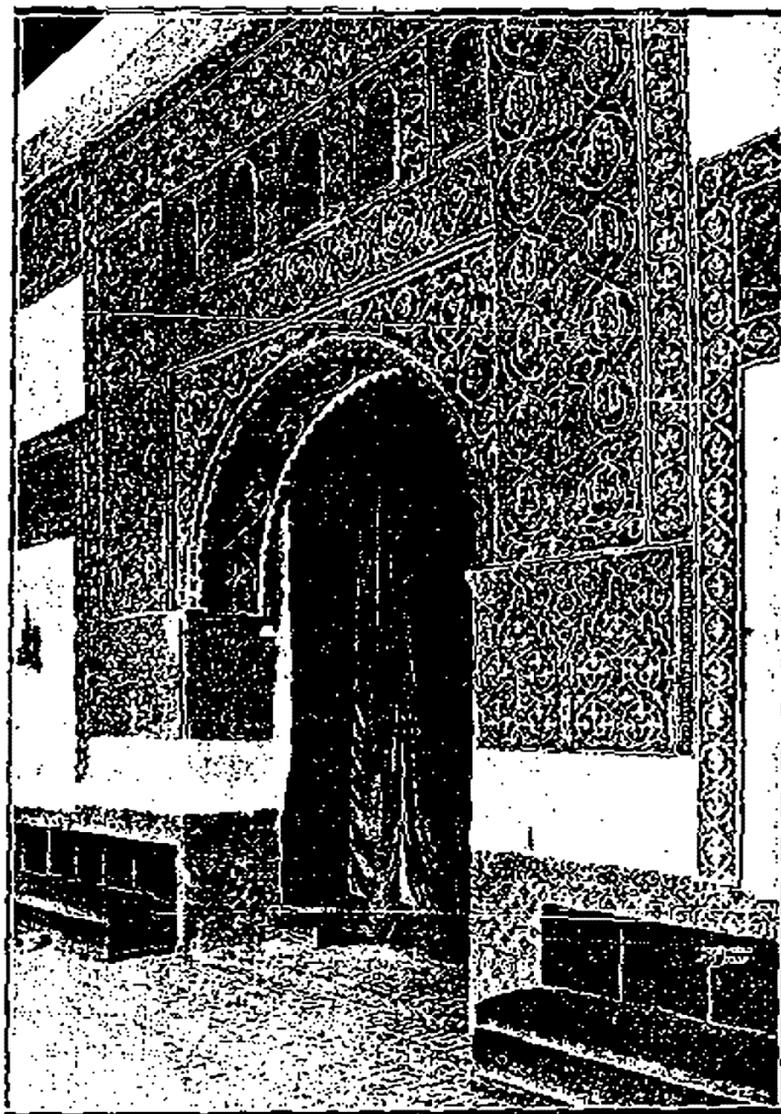
La Colegiata de Torrijos continuó en todo su esplendor durante tres consecutivas centurias, favorecida siempre por sus ilustres patronos. La duquesa D.^{na} Mencía Pacheco, viuda del primer Duque, ó según otra versión, Cárdenas Manrique de Lara, sexto Duque de Maqueda, aumentó en 1618 con otras cuatro denominadas «de los Huesos», las capellanías fundadas por D.^{na} Teresa Enriquez, con las mismas obligaciones que éstas tenían y con la de celebrar todos los días festivos las misas de alba y de once. En el siglo XVIII era Iglesia muy rica; poseía casas, tierras, olivas, huertas y censos, y, según antecedentes de los libros de su archivo, que he tenido ocasión de examinar, por estos conceptos le pagaban rentas el mismo Torrijos, Toledo, Gerindote, Santo Domingo, Novés, Domingo Pérez, Alcabón, La Mata, Carriches, El Carpio, Maqueda, Cebolla, Carmena, Erustes, Escalonilla, El Otero, Caudilla, Santa Olalla, Portillo, Mesegar, El Casar, Polán, Métrida, Esquivias, Quismondo, El Bravo y Mora.

Por otra parte, capellanes mayores y de coro de la Colegiata, ilustres damas y caballeros, virtuosos eclesiásticos hijos de Torrijos marchados á lejanas tierras, vecinos y vecinas del estado llano de la villa, instituyeron en la Colegiata numerosas memorias con fines religiosos y benéficos que solían concernir á los conventos, á los hospitales y á los menesterosos de la localidad y cuyas cargas siguieron levantándose hasta la desamortización eclesiástica. De ellas hay abundantes noticias en los archivos de la Colegiata y de la antigua parroquia de San Gil, cuyos extractos reservo para cuando haya de ocuparme de Torrijos con motivo de la futura publicación de las *Relaciones topográficas toledanas del siglo XVI*.

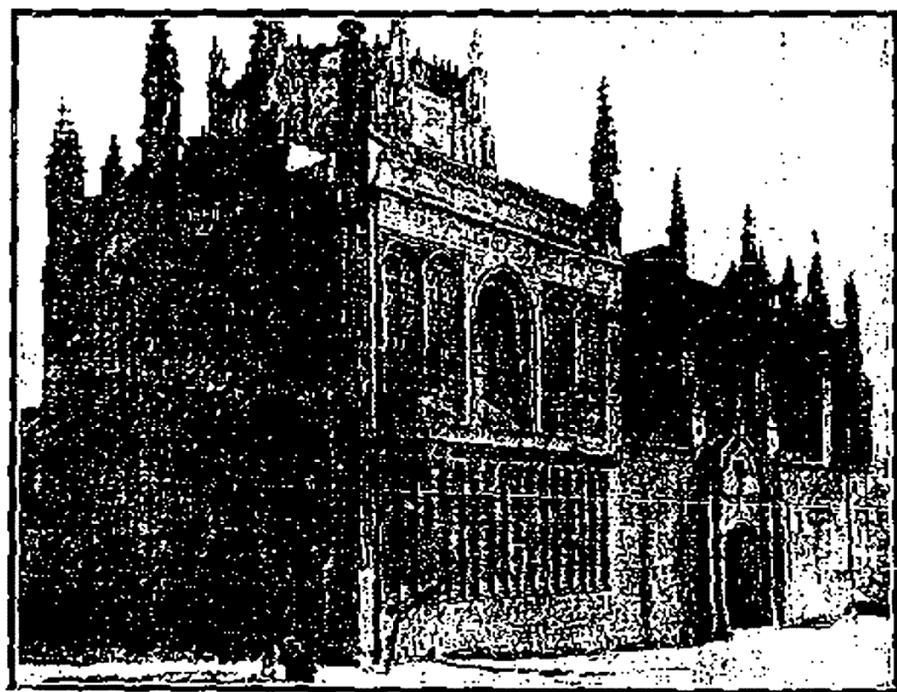
En 1826 trasladóse á la Colegiata del Santísimo Sacramento la única parroquia existente en Torrijos, que estaba en la Iglesia de San Gil Abad, hoy desaparecida, y que entonces se alzaba en la plazuela de su nombre. Motivólo el estado ruinoso en que se hallaba el edificio, y mediante un pacto celebrado entre la casa de Maqueda-Alanura, propietaria del patronato de la Colegiata, y el Cardenal-Arzbispo de Toledo, Sr. Inguanzo, quedó acordado que la parroquia perdiera su antigua advocación de San Gil para tomar la de la Sacramental y que á propuesta de los Condes-Duques, patro-

hoj sólo hay en ella un párroco con título de Capellán mayor y un Teniente que es á la vez Capellán del convento de religiosas franciscanas.

El templo Colegial de Torrijos mereció desde el mismo siglo de su fundación los elogios á que su historia y su arte le hacían realmente acreedor. *Egregia collegialis* le llamó Fray Francisco de



Salón de Mesa.



San Juan de los Reyes.

nos, se eligiera el párroco, denominándosele *Capellán Mayor*, en vez de *Cura Vicario*, que, con carácter amovible, nombraba hasta entonces el Cabildo Colegial. Con esta unión vino también á ser la Colegiata cabeza del antiguo Arciprestazgo de Rodillas, que antes radicaba en San Gil, donde había audiencia de Vicario, puesto por el párroco-Arcipreste. Extinguidas ya las Capellanías de la Colegiata,

Gonzaga (*De origine Seraphicæ Religionis Franciscanæ*, 3.^o parte, fol. 631); *maravilloso edificio* el autor del curiosísimo libro titulado *Carro de las donas* (libro III, cap. XXV, fol. XXXI); *é iglesia sumptuosísima*, el P. Gabriel de Aranda (*Vida del siervo de Dios.... Padre Fernando de Contreras*, libro I, cap. XXXV, página 181). En cambio nada dijeron de él los viajeros escritores de los siglos XVIII y XIX, por lo que el monumento es en nuestro tiempo menos conocido de lo que por su importancia debiera. El moderno historiador de Torrijos, D. Miguel Antonio Alarcón, le dedicó buena parte de los capítulos VIII y IX de su obra, (*Apuntes históricos sobre la villa de Torrijos*. Valencia, 1894), en que, si la parte descriptiva y artística se resiente de ciertas deficiencias, abundan interesantes noticias históricas que en mucha parte he aprovechado.

La ex Colegiata de Torrijos es, pues, en su clase, uno de los más notables monumentos de la provincia de Toledo y uno de los más interesantes de España, dados el momento histórico en que se labró y los caracteres artísticos que singularizan su fábrica. Como se hallaran en mal estado sus cubiertas, acordóse una restauración que, comenzada en fin de 1902, dióse en 1903 por terminada.»

El Conde de Cedillo.

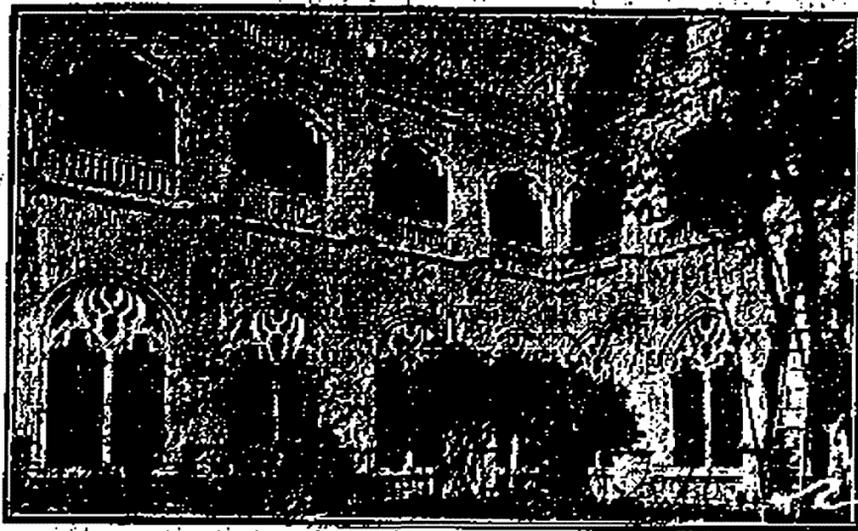
TOLEDO

IMPRESA Y LIBRERÍA DE VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
COMERCIO, 55, Y LUCIO, 8.

El celebrante dice la siguiente Oración:

Post ómina.

Séate agradable, Padre Santísimo, el sacrificio del pueblo oferente; por el que concedas abundantemente la gracia á los vivos, y á los muertos el descanso eterno.—Así sea.



Patio de San Juan de los Reyes.

El Preste dice:

Porque tú eres vida de los vivos, salud de los enfermos, y descanso de todos los fieles difuntos por los siglos de los siglos.—Así sea.

El celebrante dice la oración siguiente:

Ad pacem.

A tu misericordia, Señor, que das la paz, inmolamos con alabanzas continuas. Porque tú eres la paz verdadera, que pacificas todas las cosas, y por tu paz perseveran en las buenas obras todos los recuerdos.—Así sea.

El Presbítero continúa:

Porque tú eres nuestra paz verdadera, y la caridad inquebrantable, que contigo vives y reinas con el Espíritu Santo, un solo Dios por los siglos de los siglos.—Así sea.

El Preste, levantando las manos hasta los hombros, invoca el auxilio de la Santísima Trinidad, diciendo:

La gracia de Dios Padre Todopoderoso, la paz y amor de nuestro Señor Jesucristo, y la comunicación del Espíritu Santo sea siempre con todos nosotros.

El Coro responde:

Y con los hombres de buena voluntad.

Continúa el Sacerdote diciendo, pero con las manos puestas sobre el altar.

De la manera que estéis, haced la paz.

El Coro responde siendo Misa cantada ó semitonada; el Preste lo dice siempre en voz baja.

Mi paz os doy, mi paz os recomiendo, no os la doy yo como la da el mundo.—Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros.—Mi paz os doy, etc.—Gloria y honor al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Así sea.—Mi paz os doy....

Mientras el Coro canta el Pacem, el Preste toma la paz de la misma Patena besándola, la da al Diácono, cuando hay Ministros, y después de haber dicho un poco inclinado y con las manos juntas sobre el borde del altar las palabras que siguen, besa el porta-paz que le presta el ayudante.

Tened el ósculo de amor y de paz, para que seáis aptos para los sacrosantos misterios de Dios.

El Sacerdote inclinado, y con las manos juntas sobre el borde del altar, dice:

Me acercaré al altar de mi Dios.

Contesta el Coro ó los Ministros:

Al Dios, que alegra mi juventud.

Poniendo las manos sobre el Cáliz, de modo que las puntas de los dedos lleguen hasta la mitad de la Patia ó Hijueta, pero sin tocarla, dice:

Los oídos hacia el Señor.

Responde el Coro:

Los tenemos hacia el Señor.

Levantando las manos hasta los hombros, responde:

Levantemos nuestros corazones.

El Coro contesta:

Levantémoslos al Señor.

Inclinado con las manos juntas sobre el borde del altar dice:

Demos alabanzas dignas y dignas gracias á Dios y á nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios, que está en los cielos.

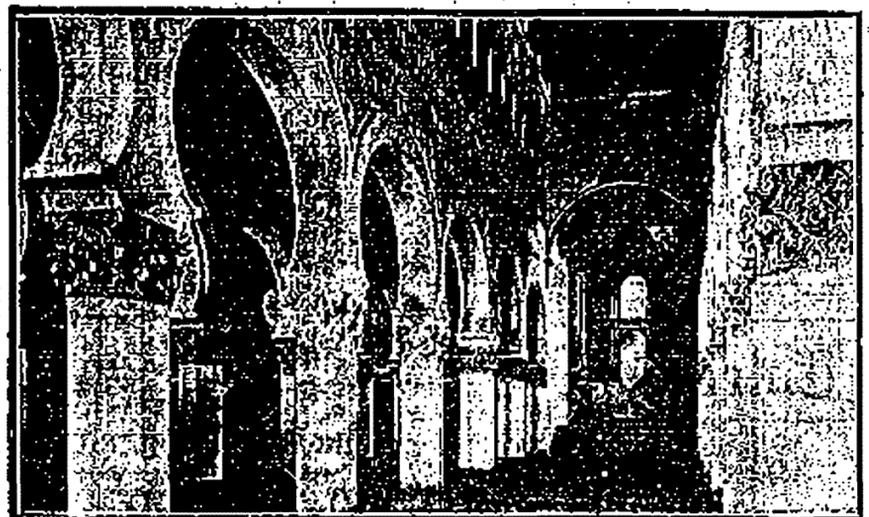
Contesta el Coro:

Digno y justo es.

Inmediatamente continúa:

Inlación ó Ilación.

Digno y justo es que te demos gracias, Señor Santo, Padre Eterno, Dios Todopoderoso. Que preparas tus invenciones con sabiduría, y dispones todas las cosas con suavidad. Que



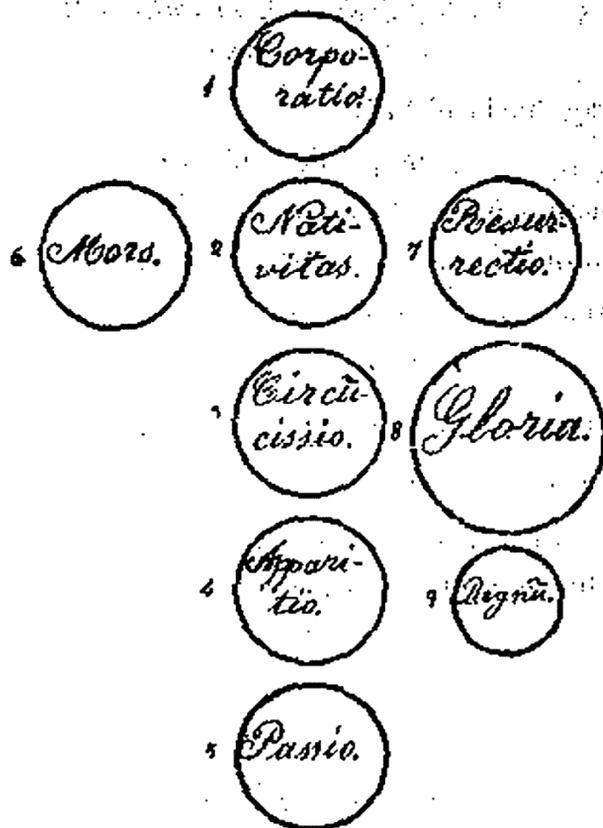
Santa María la Blanca.

subsiste sobre el Occidente; tu nombre es Señor. Tú eres pan vivo y verdadero, que bajaste del cielo, para que dieras comida á los hambrientos, ¿qué digo?, para que tú mismo fueras comida de los vivos; que estás para nosotros en el pan; con el que se afirman los corazones, para que en la virtud de este pan podamos ayunar en estos días consagrados á tu nombre sin impedimento de la carne y de la sangre, teniéndote á tí mismo por pan. Porque á tus pobres los hartas de panes del cielo. Al que con razón todos los días no cesan de clamar los Angeles y los Arcángeles, diciendo así.

Después del Sanctus y de la Consagración hay algunas oraciones, y el Preste, con el cuerpo del Señor sobre el Cáliz, dice en voz baja el Símbolo ó Credo.

Dicho el Símbolo, el Preste hace la fracción de la Hostia en nueve partes, colocándolas sobre la Patena. Primero la parte por mitad y deja la que tiene en la mano derecha sobre la Patena, y de la izquierda hace cinco pedazos y los va colocando

por su orden; toma luego la otra mitad y hace de ella cuatro pedaxos, que igualmente coloca en la Patena formando una cruz. Al partir cada pedazo de la Hostia, pronuncia en voz clara una palabra, que es el nombre del misterio que representa aquella partícula, á saber: 1.^a Corporatio; 2.^a Nativitas; 3.^a Circumcisio; 4.^a Apparitio; 5.^a Passio; 6.^a Mors; 7.^a Resu-



rrectio; 8.^a Gloria; 9.^a Regnum. Después el Preste cubre el Cáliz é inmediatamente con las manos juntas ante el pecho hace el Memento pro vivis, cuyas tres palabras las dice con voz inteligible.

Tales son, á grandes rasgos, las notables particularidades del rito en la Misa Mozárabe, como puede verse en el *Devocionario Mozárabe* publicado por el Dr. D. Jorge Abad, á cuya amabilidad debemos estas notas. Trae su origen la Misa y rito mozárabe desde los primeros siglos de la Iglesia.

Toledo.

Una indicación, no más.

Dice Rekt en su *Historia de la India*, que Raskelm mandó grabar en oro y adornar con piedras preciosas los anales de su pueblo.

Demasiado rico aquel ejemplar para no ser envidiado, desapareció en las revueltas del oriental estado. Más afortunada la Sultana del Tajo, conserva la historia de la humanidad escrita en piedras labradas por los genios, en maderas talladas por manos de esos ángeles del sentir y el expresar, que pusieron en el rostro del *San Francisco* el amor á Dios que sentían en su pecho; en *Santa Leocadia* la inocencia de las concepciones artísticas, y en el *Cristo de las Capuchinas* el amor que muere para dar la vida, la sublime independencencia del hombre, que no es esclavo de la materia, sino que de ella se sirve, espiritualizándola para acercarse á la Suprema Belleza, fin del hombre como tal y como artista.

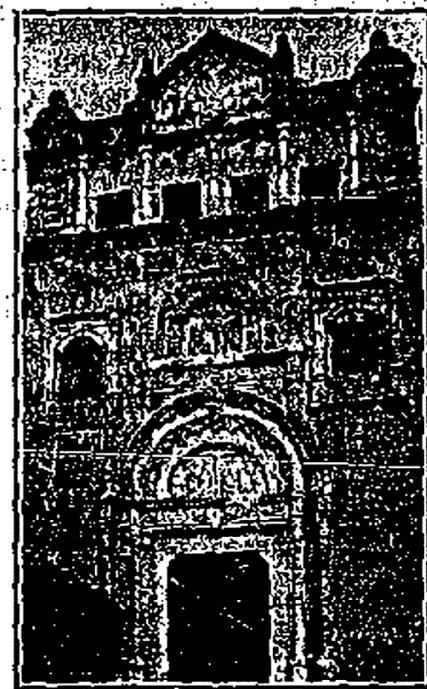
Desde el *Dolmen* del cerro del Valle, rodeado de las *Piedras Locas*, hasta el *Hospital de San Juan Bautista*, los talentos del pincel y los genios del buril han hecho la guirnalda de arte que corona á Toledo, como el *Alcázar* á sus casas ó la *Catedral* á sus templos. Piedras hermanas del *Castro*

militar en la prehistoria con las Ruinas romanas del *Circo*, *Anfiteatro*, *Hipogeo* y *Térmis*, y los débiles resplandores de la revelación en el *Antiguo Testamento* no alumbraron más que bellezas plásticas; los enterrados en la celtífera *Necrópoli* del cerro de *San Servando* no descansan como la cabeza de *Tavera* á la sombra de la Cruz, y así no expresan como la de *Elias* el movimiento natural del ánimo embargado en el pensamiento de lo eterno.

Los *fogones del Acueducto* y la *Puerta del Vado*, del IX siglo, indican la fortaleza del imperio romano, pero no tienen la belleza de *San Juan de los Reyes*, de *San Andrés*, del XV; de *Santa Isabel*, del *Palacio de D. Pedro*, de la *Cárcel de la Hermandad*, porque estos estilos ojivales y góticos se habían bañado en el espiritualismo de almas religiosas libres, que al estar oprimidas, construyen mal y como á la fuerza, sintiéndose esclavas en la *Puerta de Alfonso VI*; más tranquilas, sirven mejor al árabe en la *Mezquita del Cristo de la Luz* y el *Baño de la Cava*, del siglo X, hasta llegar á las preciosidades en la dominación del XIII como *Santa María la Blanca*, del XIV *El Tránsito*, del XV la *Casa de Mesa* y del XVI el *Taller del Moro*.

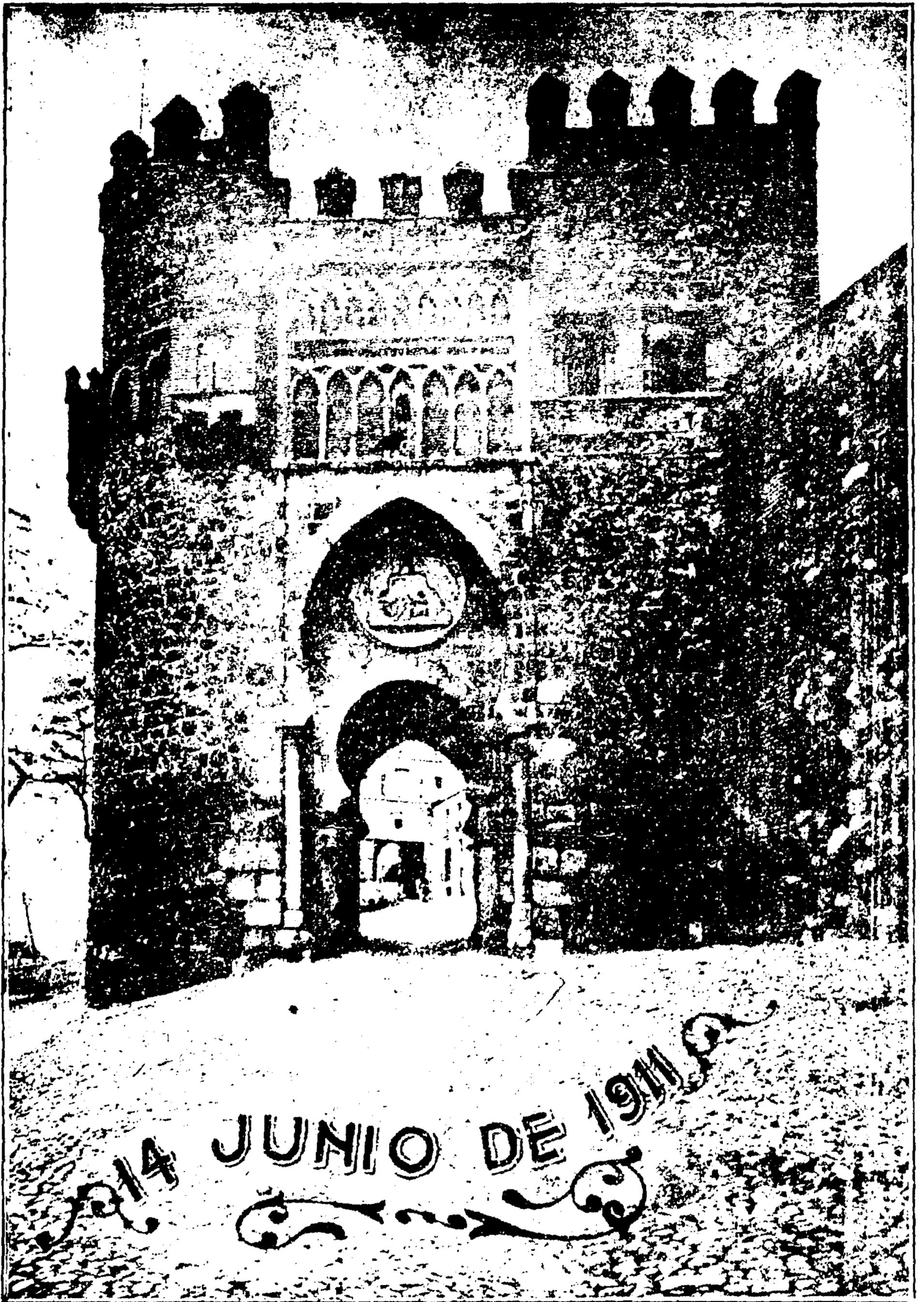
La alegría que preside á la construcción de los monumentos mudéjares, se nota en esas torres que quieren escalar los cielos, como las de *Santiago*, *Santo Tomé*, *Santa Leocadia* y *San Román*, del siglo XII, ó se ve en ellos la devoción, como en *El Cristo de la Vega*, siglo XIII, y *Capilla de San Jerónimo*, ó la fuerza guerrera en la *Puerta del Sol*, siglo XI, y el *Castillo de San Servando*, del XIV.

Muchas lágrimas ha vertido la humanidad desde la construcción romana del *Puente de Alcántara* hasta que en *San Pedro Mártir* se estableció la primera imprenta castellana; desde que en la torre de *San Román* se puso el estandarte de



Santa Cruz.

Alfonso VI, hasta que *Cervantes* escribiera en la *Posada de la Sangre*; mas no es poco el consuelo ofrecido por el *Cardenal Mendoza* en el *Hospital plateresco de Santa Cruz*, por *Lorenzana* en *El Nuncio* y en el *Instituto*, que la Iglesia, al construir *Catedrales* tan hermosas como la nuestra, quiso significar que no sólo es guía de la humanidad con las agujas de las torres que llegan á los cielos, sino fortaleza y enseñanza, apoyo del corazón que anima y luz del entendimiento que eleva; por eso hace esos relicarios tan preciosos para honrar amor de los amores al que es el camino, la verdad y la vida, el alimento espiritual del hombre, á Jesús Sacramentado.



14 JUNIO DE 1911